

Al norte del norte

© Beatriz Berrocal Pérez, 2025.

www.beatrizberrocal.es

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Al norte del norte

Beatriz Berrocal Pérez

— ¿Cuál es tu nombre? ¿Me oyes? Nombre, noooooombreee, noooooombreee...

El médico trataba de espabilar a la niña que permanecía tumbada en la camilla, con los ojos muy abiertos, pero dando la sensación de no estar viendo nada.

—No te entiende —le dijo la enfermera.

—Nooooombreeee —repitió el doctor, lentamente, pero con el tono de voz mucho más elevado.

—No grites, hombre, una cosa es que no entienda nuestro idioma y otra que sea sorda...

La paciente tiritaba de frío a pesar de estar tapada con varias mantas. Era una sensación que jamás había sentido, un frío que estaba dentro de ella, como metido en sus huesos, como si se hubiese alojado en su interior con la intención de quedarse para siempre.

— ¡Pobrecilla! No entra en calor —observó la enfermera ajustándole más la ropa al cuerpo para ayudarle a restablecer su temperatura.

—Ha tenido suerte, por lo menos está viva. Dos de sus compañeros no llegaron a tierra, y uno acaba de morir por la hipotermia.

En aquel momento, la muchacha rompió a llorar desconsoladamente, y todo su cuerpo comenzó a estremecerse entre los temblores provocados por el frío y la agitada respiración que le causaba el llanto.

— ¡Te ha entendido! —dijo la enfermera.

— ¡Que no, mujer! Que llora porque está asustada...

Los dos se situaron a su lado tratando de calmar a la chica que continuaba llorando.

— ¿Nos entiendes? ¿Sabes español?

Ante el asombro de médico y enfermera, ella asintió con la cabeza.

—Lo has debido pasar muy mal ¿verdad? — preguntó la enfermera acariciando el negro y rizado cabello de la muchacha— Pero, tranquila, aquí estás a salvo. ¿Puedes decirnos tu nombre?

La chica se había tranquilizado un poco al escuchar el tono amable de la enfermera, y cuando su respiración recobró un ritmo más normal, en voz muy baja dijo:

—Kamía.

— ¿Te llamas Kamía? ¿Kamía qué más?

—Kamía Leelé.

—Kamía —le dijo el médico—, es estupendo que sepas hablar español. ¿De dónde vienes?

— Tingale. Sierra Leona —dijo la chiquilla algo más calmada.

— ¿Y cuántos años tienes?

—Trece.

— ¡Sierra Leona! —dijo el médico— Imagínate lo que ha tenido que pasar esta pobre cría para llegar hasta aquí.

Me llamo Kamía. Kamía Leelé y llegué a tu país hace un año.

Hasta aquel día en que un médico y una enfermera me atendieron y me ayudaron las primeras horas, no imaginas la de cosas que me habían pasado.

Yo vengo de un país muy diferente del tuyo, se llama Sierra Leona, y está muy lejos, según ves el mapa de África, a la izquierda, en la parte baja de esa especie de panza que tiene, entre Guinea y Liberia, para que te sitúes, aunque tengo que decirte que está mucho más lejos de lo que parece.

Es un país pequeño y tiene tantos habitantes como una ciudad grande de aquí, no llegan a cinco millones, pero es un país muy pobre, creo que el más pobre del mundo.

No quiero aburrirte llenando tu cabeza de datos que, a lo mejor no te dicen nada, pero para comprender mi historia, tienes que saber algunas cosas de Sierra Leona, por eso te cuento todo esto.

¿Sabes? Como te he dicho, es el país más pobre del mundo, pero podría haber sido rico, porque hay muchas minas de las que se sacan diamantes, sin embargo, esos mismos diamantes han sido el motivo de que se empezase una guerra que ha durado un montón de años y que ha dejado a Sierra Leona sumida en la más absoluta de las miserias.

En esa guerra pelearon mis dos hermanos mayores: Abdel y Rasid, que cuando fueron al frente tenían once y doce años, aunque eso no importaba, el ejército tenía una unidad para niños, los había hasta de cinco años, casi no podían con el fusil, pero les enseñaban a disparar y ellos obedecían, no les quedaba más remedio.

En un país tan pequeño, cuando hay una guerra, todo queda desolado: escasea la comida, se cierran las escuelas, aumentan las enfermedades, y, la gente que puede, se va a otros países cercanos donde no haya guerra, donde puedan vivir sin miedo, donde puedan comer.

Eso fue lo que hicieron la mitad de los habitantes de Sierra Leona: irse, emigrar en busca de la paz, de la calma que todo el mundo necesita para vivir, para que sus hijos crezcan sanos, para que duerman tranquilos cada noche, sin el temor corriendo por dentro, sin la angustia de saber si mañana será un día igual al que has vivido, o tal vez peor.

Yo me quedé con mis padres en la aldea donde vivíamos: Tingale, un poblado del interior donde se trabaja el campo y gracias a eso se tiene para comer, donde, hasta el momento de comenzar la guerra, vivíamos tranquilos, cuidando de los animales y del pequeño terreno, sin sobresaltos, sin miedo y sin el

ruido de disparos y explosiones que encogiesen el corazón varias veces en la noche.

Todo empezó hace trece años, justo el año en el que yo nací.

Abdel y Rasid al principio estaban en casa, y también vivía con nosotros la abuela Mahar, muy anciana, pero muy sabia, y hacia la que todos sentíamos un gran respeto, porque en mi país, hay una especial veneración hacia las personas ancianas, se las cuida y se las protege hasta el fin de sus días, y se dejan los niños a su cuidado, porque todo el mundo sabe que son las personas que más nos pueden enseñar.

Mi abuela Mahar tenía más de noventa años, de ella aprendí la mayoría de las cosas que hoy sé.

Por eso mi familia no pudo emigrar a otros países donde no hubiera guerra, porque si hubiésemos viajado por el desierto tantos días, la abuela no lo hubiera resistido, así que nos quedamos en la aldea para seguir cuidando de ella, y para esperar a mis hermanos, que, como te dije, apenas comenzó la guerra fueron reclutados para el ejército de niños, y mi madre seguía esperando cada tarde que regresasen a casa, sentada en la puerta hasta que caía la noche, mirando la carretera por la que les vio irse, con la mirada perdida, con las manos sobre el regazo, triste hasta no poder más, pero sin derramar una lágrima.

Jamás vi llorar a mi madre, porque en mi país se nos enseña desde pequeños que no se debe mostrar el dolor, es síntoma de debilidad, nadie tiene por qué saber que sufres, es algo muy íntimo que debes guardar para ti, ni mi madre ni mi abuela habían llorado nunca en presencia de nadie, a pesar de que la vida no les había sido nada fácil habían sabido esconder su dolor, eran mujeres fuertes. En mi aldea todo el mundo sabe que las mujeres son más fuertes que los hombres, que dan a luz a sus hijos solas en el bosque y nadie las oye quejarse, que aguantan todo el sufrimiento que haga falta en silencio, como si fuesen de hierro, y yo quería ser como ellas, no llorar jamás, no ser débil, pero aprendí que la fortaleza está por dentro, que a veces se necesita llorar.

Como la guerra no se acababa, cada vez había menos niños porque los cogían a todos para el ejército, y entonces se cerró la escuela en la aldea porque se pensó que no merecía la pena tenerla abierta solo para las niñas, así que nos encontramos con una educación interrumpida, sin saber leer ni escribir, porque a los más pequeños no nos había dado tiempo de aprender, y tuvimos que quedarnos en casa, cuidando de los ancianos y de los niños más menores, si es que los había.

Con cinco años, yo atendía a mi abuela y cuidaba de mi padre enfermo mientras mi madre

trabajaba en el campo para que, al menos, no nos faltase la comida. A pesar de que puedas pensar que llevaba una vida desgraciada, yo me sentía feliz, era la vida que conocía, me dijeron que ya no había más escuela y no volví a preguntar por ella, me explicaron lo que tenía que hacer cada mañana en la casa y traté de hacerlo lo mejor que pude, no sabía que había otra vida, que se podía vivir de otra manera, nadie me lo dijo ni me dieron opción de cambiar, la vida se puso delante de mí como si me hubiera dicho: «Así soy y así tienes que vivirme», y lo hice sin protestar, porque en Tingale los niños no saben protestar, se aprende lo que se necesita, y allí no se necesita saber protestar porque es inútil, entonces, no se aprende.

Por extraño que te parezca, aprendí a vivir con la guerra, es más, como comenzó cuando yo nací llegué a pensar que lo normal era que la hubiese, que cada día muriera un montón de gente, que los disparos se oyesen de continuo.

Como casi no conocí a mis hermanos, no los extrañaba, no preguntaba por ellos. Se me hizo habitual la imagen de mi madre mirando siempre hacia el camino, pasando las tardes como si estuviera ausente, di por hecho que todas las madres eran así, que todos los padres estaban enfermos y que todas las niñas de cinco años tenían que hacer lo que les mandaban sin detenerse jamás a pensar.

Te preguntará si tenía amigos, pero no, no los tenía, en Tingale solo quedamos unas cuantas niñas, y con la guerra, dejamos de jugar en la calle y de escondernos por el bosque. A las pocas semanas nos habíamos olvidado de lo que era aquello, los padres nos mantenían en las casas porque ellos sí que eran conscientes del peligro que corríamos, y poco a poco ni volvimos a acordarnos de lo que era salir a jugar, a reírse y a compartir risas con los amigos. Fíjate que no solo olvidé las pocas cosas que nos había enseñado la maestra, olvidé también los juegos, las canciones, y los nombres de mis amigas, pero lo peor de todo es que pensaba que había olvidado sonreír.

Oye, pero yo no quiero que te pongas triste con todo lo que te estoy contando, no vayas a pensar que no me pasaron cosas buenas, que sí, que también las hubo, y la mejor de todas fue cuando el doctor Andrés Pérez llegó a Tingale.

¿Que quién es Andrés Pérez? Pues es la persona más divertida, más buena y más inteligente que he conocido nunca.

Yo le llamaba *Péres* porque no sabía pronunciar lo bien, y al final, se quedó con ese nombre, y todos en la aldea terminaron llamándole igual que yo.

El doctor *Péres* llegó a Tingale como parte del equipo que fundó en nuestro pueblo un hospital. Al principio, cuando los vimos llegar cargados con todo

aquel equipaje que transportaban en varios camiones, les miramos asombrados porque no estábamos acostumbrados a que allí ocurriese algo importante, y aquello para nosotros, era todo un acontecimiento.

Venían de un país del que yo no había oído hablar en mi vida: España, y hablaban de una forma tan rara que nadie les entendía. El primer día, las mujeres y las niñas, junto con los pocos hombres que, por estar enfermos, como mi padre, no estaban luchando en la guerra, nos plantamos delante de ellos dispuestos a inspeccionar lo que venían a hacer, porque no teníamos muy claro si eran amigos o enemigos.

Imagino que debía de ser algo ridículo, vernos a un grupo de mujeres en los huesos, agotadas por el trabajo, unas cuantas niñas y varios hombres enfermos o ancianos, queriendo hacer frente a un grupo de personas jóvenes y fuertes, y a sus camiones llenos de material. Era la forma de defender lo que sabíamos nuestro, mi abuela me había dicho muchas veces que se podía perder todo menos la tierra, que era lo único nuestro, que pasaría de padres a hijos y aunque no quedase nadie en el mundo, la tierra seguiría estando, por eso había que defenderla como fuese, y eso era lo que hacíamos allí mientras los españoles hablaban y hablaban sin que nadie les pudiese comprender. Entonces, uno de ellos, se metió en la parte de atrás de un camión y sacó una especie de maleta que puso en el

suelo y abrió ante nuestros admirados ojos. De ella sacó unos cuantos aparatos que yo había visto cuando llevábamos a mi padre al médico en Freetown, que es la capital de Sierra Leona, y entonces me di cuenta de que los españoles no venían a quitarnos nada, sino que eran como los médicos que miraban a mi padre, tenían cosas parecidas para escuchar los ruidos de dentro del cuerpo, cajas con medicinas, y lo que más miedo me daba, unas jeringuillas con las que una vez nos había vacunado otro médico en la escuela y que hacían un daño horrible.

Nos dimos cuenta de que iban a instalar en Tingale un hospital. Sin duda las víctimas de la guerra iban en aumento, y los pocos hospitales que había en Sierra Leona no tenían capacidad para albergar tantos heridos, por lo que era preciso que viniese gente de otros países a ayudarnos, sanitarios que pudieran curar las heridas, que trajeran camas para que los enfermos descansasen, y un poco de consuelo para tanto dolor como invadía el país, que se estaba convirtiendo en una zona catastrófica sin que la guerra tuviese perspectivas de terminar.

Cuando españoles y sierraleoneses nos estrechamos las manos en señal de bienvenida, yo no podía imaginar lo importante que iba a ser para mi vida conocer a aquel grupo de personas, que tanto me iban a

enseñar, que tanto podían aportar a los hechos que después tendría que vivir.

—Yo soy el doctor Andrés Pérez ¿Y tú cómo te llamas?

No comprendí lo que me decía, pero por su forma de gesticular apuntando hacia él cuando decía su nombre y hacia mí mientras guardaba silencio, intuí que lo que quería saber era mi nombre.

—Kamía —le dije tímidamente.

—¿Kamía? ¡Vaya nombre tan bonito! No sé por qué me parece que tú y yo vamos a ser grandes amigos, Kamía.

Y cogiéndome con sus enormes brazos de oso gigante, me dio una vuelta a su alrededor con mis pequeñas piernecillas colgando en el aire.

Hacía mucho tiempo que no me reía como aquel día, pero mi abuela siempre dice que hay cosas que nunca se olvidan, aunque no se practiquen, y dos de ellas son reír y llorar.

Yo creo que se podrían añadir otras más: los consejos de una abuela, los besos de una madre, el río de la aldea, las estrellas del cielo de Tingale y los brazos del doctor *Péres*, por ejemplo.

Aprendí a hablar español antes que nadie en el pueblo, pero no era extraño, me pasaba el día entre ellos, y aunque mi madre me decía que mi sitio estaba en la casa, cuando llegó la estación de las lluvias y ella no podía ir a trabajar al campo, se encargaba de cuidar a mi padre y a la abuela Mahar y yo me escabullía hasta la zona donde estaban los que ya eran mis amigos, levantando el hospital, que a pesar de estar hecho con madera y caña trenzada, a mí me parecía el edificio más maravilloso del mundo.

No te lo he dicho ¿verdad? Es que en Sierra Leona no hay cuatro estaciones como en tu país, allí solo tenemos dos: una que es la estación seca que va desde el mes de mayo hasta octubre, y otra que es la de las lluvias y que dura desde noviembre hasta abril, y en la que puede soplar el Hamattan, un viento del Sahara con nubes de arena que puede hacer bajar las temperaturas, pero nunca hace frío porque estamos cerca del Ecuador, y el tiempo es cálido.

También por estar cerca del Ecuador, el día y la noche duran las mismas horas. Amanece muy pronto, a las seis y media de la mañana, y anochece doce horas después, a las seis y media de la tarde, lo que condiciona el horario de los trabajos del campo, que, normalmente se hacen por la mañana aprovechando las mejores horas de luz.

El idioma oficial en mi país es el inglés, porque hace muchos años Sierra Leona fue colonia de Inglaterra y en la capital se sigue hablando, pero en el interior se hablan otros dialectos según la zona en la que se viva, el más utilizado es el «crio», de criollo, que es el que hablamos en Tingale.

A mí, el español no me pareció difícil porque los niños lo aprendemos todo más rápido que los mayores, pero ellos no conseguían aprender mi idioma y, en Tingale, se utiliza muy poco el inglés, así que me convertí en la traductora de todo el equipo. Por primera vez en mi corta vida, me sentí necesaria, útil para alguien más que mi familia, importante y muy, muy mayor.

—Kamía, dile a este hombre que no puede seguir fumando porque tiene los pulmones destrozados.

Y yo le hacía entender al anciano que el médico, con su aparato de escuchar ruidos de dentro, se había dado cuenta de que, si seguía con el tabaco, se podía morir.

—Kamía, por favor, tienes que convencer a esta mujer de que hay que vacunar a su hijo, que no le va a pasar nada por ello, y que, si no lo hacemos, el pequeño puede enfermar.

Y trataba de hacerle entender a mi vecina que las vacunas no iban a perjudicar al niño, que a mí también me la habían puesto cuando era pequeña,

bueno, más pequeña, y que su hijo iba a llorar solo un momento, pero nada más.

—Kamía, ahora hay que vacunarte a ti, ya ha pasado mucho tiempo desde que te pusieron la última.

—No comprendo tu idioma —le dije—. No entiendo lo que me quieres decir.

Y me fui corriendo del hospital que estaban montando antes de que uno de los que yo creía mis amigos me pudiese alcanzar con aquella horrible jeringuilla en la mano.

Pasé tres días sin ir por el hospital, pero no me sirvió de nada. Preocupado por mi ausencia, el doctor *Péres* se presentó una tarde en mi casa y sin darme tiempo a reaccionar, me puso una inyección en el brazo que me dolió como no imaginas. Abrí la boca con la intención de gritar, pero la imagen de mi abuela frente a mí, su mirada clavada en la mía, su gesto firme a pesar de los años que tenía, me recordaron que mostrar el dolor era ser débil, y me aguanté todo lo que pude para no llorar.

Pasado ya el miedo a la inyección, regresé al hospital de la mano del doctor *Péres* y volví a prestar mi ayuda como intermediaria entre los médicos y la gente que, cada vez en mayor cantidad se iba enterando de la existencia del nuevo hospital de campaña y acudían con sus hijos o maridos heridos, enfermos o moribundos.

Tal vez pienses que no era el mejor ambiente para que una niña creciera, pero allí había que familiarizarse con lo que nos rodeaba, no había otra opción, la guerra estaba cada vez más lejos de terminar, los secuestros eran algo habitual, a veces los del ejército se llevaban a mujeres o niñas de las aldeas y no se volvía a saber de ellas, no podíamos cerrar los ojos a la realidad, daba igual ser niño o adulto, nadie podía engañarse porque las escenas de muerte y enfermedad eran continuas en nuestra vida, y como crecí entre ellas, no me llamaban la atención especialmente, me hice dura, fuerte, me convertí en una mujer pequeña, con el cuerpo de siete u ocho años y la forma de actuar de un adulto. No era la única, en Tingale éramos todas así, pasamos de los juguetes a la guerra, de la escuela al hospital, y nunca se nos ocurrió pensar que en otras partes del mundo había niñas con una vida tan diferente a la nuestra como no podíamos imaginar. Mejor así, de haberlo sabido nos hubiésemos sentido injustamente tratadas, y, aunque era cierto, nunca lo supimos porque no teníamos con quien comparar.

Puedes creer que trabajé en aquel hospital tanto como los mayores, sobre todo porque yo estaba muy acostumbrada a las altas temperaturas y a la humedad, y ellos no. Se sentían morir con el calor, se les veía fatigados y sin fuerzas, mientras que a mí me parecía lo más normal del mundo y no acusaba el cansancio tanto

como ellos. Además, les picaron todo tipo de insectos a los cuales nosotros ya somos inmunes, menos mal que la abuela Mahar preparó uno de sus ungüentos especiales y pudieron aliviar los picores y las molestias que tenían.

También mi padre mejoró mucho de su enfermedad. Había trabajado tantos años en las minas de bauxita que ya casi no podía respirar. El doctor *Péres* y sus amigos le llevaron un día al hospital y le metieron en unos aparatos que te enseñaban lo que tenemos por dentro. Hoy ya sé que se llaman rayos X porque lo he visto más veces, pero entonces me pareció que era cosa de brujería y me pregunté si estaba bien eso de mirar lo que una persona tiene por dentro, me parecía que era mejor dejar a cada uno con sus enfermedades que andar metiéndose por el interior de la gente.

Mi padre tenía entonces treinta y cinco años, y aunque te pueda parecer extraño, en mi país, la media de vida que hay es de unos treinta y siete, salvo casos excepcionales como la abuela Mahar, claro. Ya te digo que allí casi no hay hospitales ni médicos, las condiciones de higiene no son las mejores del mundo porque en una gran parte de casas no tenemos agua corriente, y con el calor y la humedad, hay muchas infecciones y enfermedades, pero es tan habitual para nosotros, que cuando un hombre llega a la edad de mi

padre después de haberse pasado años metido en una mina, vemos normal que esté enfermo y que sus días en este mundo se estén agotando.

En el hospital de los españoles, le dieron muchas medicinas que yo misma me ocupaba de administrarle a escondidas de mi abuela, porque ella solo tenía fe en los remedios que se hacían en casa, pero yo veía que mi padre iba mejorando, así que lo de los españoles no podía ser nada malo.

Para quien no hubo remedio fue para mi madre, los médicos no pudieron sacarla de la tristeza en la que estaba sumida desde que mis hermanos no estaban en la casa, seguía con la mirada perdida, hacía las cosas de una forma automática, sin saber ni lo que estaba haciendo, pero de sus ojos no brotó ni una lágrima. Entonces pensé que eso era lo que yo tenía que aprender de ella. Hoy sé que cuando no se llora para fuera se llora para dentro, y eso duele más todavía.

Cuando cumplí los diez años el doctor *Péres* me regaló una muñeca preciosa que me había traído de España en uno de los viajes que hizo para traer más material sanitario.

Recuerdo que cuando la vi me asusté, porque era como una persona en pequeño, parecía de verdad, llevaba un vestido precioso, y su pelo era tan rubio que casi parecía blanco, lo mismo que el material del que estaba hecha, era una muñeca blanca para una niña negra, ese fue el primer indicio que tuve de que, en aquel mundo del que provenían mis amigos españoles, había otra vida que en nada se parecía a la que llevábamos nosotros.

Tal vez te resulte difícil de creer que pueda haber tanta desinformación, te comprendo, ahora que conozco España entiendo que parezca extraño que haya lugares donde no se sabe absolutamente nada del exterior, pero tienes que saber que en Sierra Leona solo hay una emisora de radio y una de televisión, y que, en todo el país, hay muy pocas televisiones y muchos menos teléfonos. La mayoría de estos adelantos están en la capital, Freetown, y en los otros núcleos de población importantes, pero en Tingale, donde aún no ha llegado la luz eléctrica a nuestras casas, la única forma de comunicarnos que tenemos es con lo que van contando unos y otros.

Yo sabía que cómo eran las televisiones porque cuando llevábamos a mi padre al médico en Freetown las había visto al pasar por algunas tiendas importantes, siempre estaban allí expuestas, llenas de colores, llenas de otro mundo que yo no podía ni imaginar.

Pero el continuo trato con los españoles me fue acercando a ese «otro mundo», y, a pesar de que ellos se quejaban de no tener buenas condiciones para trabajar, a mí me parecía que eran unos privilegiados, pues contaban con depósitos de agua y generadores de luz que los demás no teníamos, pero que ellos necesitaban para poder seguir curando a la gente.

El número de heridos continuaba aumentando cada día, era tanta la cantidad de soldados que llegaban moribundos a las puertas del hospital español que muy pronto el espacio se quedó demasiado pequeño y reclamaron a su país más ayuda económica para poder ampliar el centro. Faltaban camas, mantas, medicinas y material para hacer las curas.

Tenían unas botellas que colgaban de un palo y se las ponían a los heridos con un cable conectado a su brazo. Me dijeron que era suero, o sea, agua muy buena que conseguía revivir a los enfermos, pero hasta esas botellas se estaban terminando, y lo que más les preocupaba, una cosa muy importante que servía para dormir a la gente, pero no un sueño normal como el que duermes en tu cama, no, un sueño profundo del todo, en

el que te hagan lo que te hagan no te enteras de nada, y así pueden operar, y dejarlos mucho mejor de lo que estaban. Esa cosa para dormir se llama anestesia, y el doctor *Péres* y su equipo estaban muy preocupados porque se les estaba terminando y no les mandaban más.

Un día llegaron dos camiones al hospital, y trajeron desde España varias camas, mantas, comida de la que no se estropea, y unas cajas con medicinas.

Pensé que se iban a poner muy contentos, pero, por lo visto, no era suficiente porque no les daban la ayuda que habían pedido para ampliar el hospital, por lo tanto, no había dónde poner las camas que enviaban, pues en el suelo no quedaba ni un espacio libre.

No creas que yo era la única persona de Tingale que se pasaba el día en el hospital. La mayoría de la gente de la aldea, que eran sobre todo mujeres y niñas, trabajaban allí cuidando a los enfermos. Nadie tenía estudios ni había estado nunca en una situación parecida, pero para dar agua a un herido, taparlo si tiene frío o cerrarle los ojos cuando muere, para eso no hay que estudiar, basta tener buena intención, el resto se va aprendiendo.

Hasta mi madre empezó a ir al hospital cuando mi padre mejoró y pudo cuidar a la abuela Mahar. Íbamos las dos cada mañana, sin hablar casi ni una palabra, porque mi madre cada vez hablaba menos, pero

no me soltaba de la mano, me la llevaba apretada muy fuerte y a veces se paraba en mitad del camino para mirarme y darme un abrazo.

En ocasiones la había visto lavando heridos o cuidando enfermos y me daba cuenta de que cada vez tenía menos madre, sí, porque se estaba consumiendo, era como una figurita tallada en cristal, daba la impresión de poder quebrarse en cualquier momento. Ella, que había sido una mujer fuerte, que había trabajado en el cultivo del arroz y el cacahuete sin descanso, que siempre había tenido unos brazos casi tan fuertes como los del doctor *Péres*, se había convertido en una silueta cabizbaja, encorvada, con los ojos hundidos y la mirada distante.

— ¿No hay medicinas para mi madre? —le dije un día al doctor *Péres*.

—La única medicina que curaría a tu madre sería el regreso de tus hermanos —me respondió.

Yo ya casi ni me acordaba de mis hermanos, para mí habían desaparecido, se habían esfumado mientras yo había seguido creciendo. Hacía ya años que no sabíamos de ellos, y yo pensaba que mi madre podría olvidarlos igual, pero no. La abuela Mahar, me había explicado que todo lo que altera el curso de la naturaleza es contrario al ser humano, lo lógico es que sean los hijos los que vean desaparecer a sus padres, y así generación tras generación, eso hubiera sido lo

normal, pero cuando ocurre al contrario, es algo incomprensible para lo que nuestras cabezas no están preparadas, y algo se estropea para siempre dentro de ellas. Eso era lo que le pasaba a mi madre, que se le había estropeado la cabeza y ya no podía ser como era antes.

De todas formas, había algo especial que me hacía seguir aferrada a ella, una especie de lazo invisible entre las dos, como si el cordón umbilical que un día nos había unido, no se hubiera roto del todo. Tal vez mi madre no era la misma de siempre, pero era mi madre, y a mí me parecía que estando cerca de ella, nada malo podría pasarme. Su presencia, por muy debilitada que ella estuviera, me hacía sentir protegida, más tranquila. Sabía perfectamente que vivíamos rodeados de peligro, que la guerra no se terminaba, que continuaban desapareciendo personas de los poblados, pero yo sentía que al lado de mi madre estaba segura, siempre había sido la persona más fuerte de la casa, y aunque ya no lo fuese, para mí jamás perdería esa categoría.

Cuando los españoles vieron que la ayuda económica que esperaban no llegaba, se les vino el mundo abajo.

— ¿Y por qué no lo mandan? —pregunté a uno de los médicos.

—Porque hay muchas cosas que hacer y muchos países a los que ayudar, y no llega para todo, además, a la gente le cuesta dar dinero para este tipo de ayudas, porque es algo de lo que no ven el resultado, se creen que el dinero se pierde, que se lo queda alguien, que nunca va a llegar a su destino, y entonces prefieren no darlo.

—Pero eso no es cierto...

—Claro que no, pero la mayoría de las personas no saben que la única ayuda que con seguridad jamás va a llegar, es la ayuda que no se da.

El doctor que me explicaba aquello se llamaba Urruticoechea, nombre imposible de pronunciar para mi reciente español, así que simplemente le llamaba Chea, que era mucho más sencillo y me servía para identificarle.

El doctor Chea era el hombre más bueno que yo había conocido nunca, por más cansado que estuviese jamás ponía mala cara, atendía a los heridos con una sonrisa en la boca, aunque supiera que estaban a punto de morir, y nunca se le veía enfadado por nada.

Pero mi mejor amiga española era la enfermera María Luisa, decía que su nombre no le gustaba, que le hubiese gustado llamarse África, porque se había enamorado de nuestro continente, y como a mí me daba igual llamarla de una manera que de otra, se quedó con el nombre de África.

Luego estaba la médica Sagrario, que me había cogido un cariño tremendo, pero yo no era capaz de pronunciar la «g» con la «r», me parecía que me iba a ahogar, nunca me salía bien, y aunque no me importaba hacerles reír, yo también tenía mi dignidad, estaba muy orgullosa de haber aprendido a hablar español tan pronto porque ellos me decían que era asombroso lo fácil que me había resultado, y cuando alguna palabra se me resistía, lejos de seguirlo intentando, la sustituía por otra sin ningún problema, para mí Sagrario era la *meíca*, un nombre que no me complicaba a la hora de pronunciarlo.

En aquellos momentos a mí me daba igual que se llamasen de una forma o de otra, yo no podía imaginar que llegaría un día en que haber sabido sus nombres completos y verdaderos, me hubiera ahorrado muchos problemas.

Aprendí a leer y a escribir, y tuve la sensación de que hasta entonces había estado ciega. Ya era capaz de leer los carteles que había en los caminos, las letras del hospital: «O.N.G. Sanitarios sin Fronteras», y aunque no me hacía ninguna falta porque los conocía de sobra, podía leer el nombre de todo el personal cuando lo llevaban escrito en las batas blancas.

No pude aprender en la escuela, porque ya te he contado que la mayoría de las escuelas de los poblados desaparecieron con la guerra, pero me enseñaron en el hospital, a mí y a otras tres niñas de Tingale que íbamos allí cada día. Empezó a hacerlo la *meíca*, con una paciencia infinita, y un interés que nos hizo poner empeño en aprender, aunque solo fuese para no decepcionarla. Con ella no había ningún problema, pero cuando el doctor *Péres* tomaba el relevo y era él quien nos enseñaba, la paciencia brillaba por su ausencia y los papeles volaban por la mesa. No era que se enfadase, pero cualquier gesto suyo que no fuese una sonrisa nos asustaba, porque era un hombre de una corpulencia tremenda, tan ancho como alto, con aquellos enormes brazos que nos podían levantar en el aire a las cuatro juntas sin enterarse. Cuando subía un poco el tono de voz porque no nos salía bien la lectura, parecía que fuese a engullirnos, y nada más lejos de su intención que asustarnos, pero como le decía la enfermera África, no había nacido para la enseñanza.

Estuvimos bajo la tutela de todo el personal español, el que tuviese un rato libre nos llamaba y en cualquier rincón que hubiese un sitio nos daba una lección. El hospital fue nuestra segunda casa y nuestra escuela, aprendimos a leer en los escasos libros de medicina que ellos tenían, porque no había cuentos ni libros para niñas de nuestra edad. El día que supe leer «esternocleidomastoideo» me sentí como una pequeña reina, y las palabras como «apendicectomía» o «laparoscopia» fueron para nosotras nuestra cartilla de aprendizaje en aquellos libros de médicos, con nombres incomprensibles y a veces impronunciables.

Pero los problemas en el hospital continuaban porque seguía sin haber espacio suficiente, y había que mandar a la gente con sus familias aunque estuviesen muy graves, porque llegaban otros heridos más graves todavía que necesitaban el sitio. Como la situación se hizo insostenible, los españoles decidieron ponerse manos a la obra y hacer ellos mismos una ampliación del hospital, ayudados por toda la gente de Tingale que tuviera un par de manos en buenas condiciones.

Se aprovecharon troncos de árboles caídos para levantar una especie de estructura. Con telas que las mujeres traían de sus casas y algunas sábanas del hospital se improvisaron las separaciones entre unos espacios y otros, y aportando cada uno sus ratos de tiempo robados al sueño, tejimos con caña y junco una

especie de tejadillos que pudiesen aguantar si soplaba el viento del Sahara, y que no dejasen pasar el calor del sol.

Como superficie se pusieron cartones de las cajas que habían llegado de España, para no pisar directamente en el suelo de la selva, y cuando las camas se llenaron, se improvisaron camillas con palos largos de madera a los que las mujeres del pueblo cosimos trozos de sábanas o de sacos de los que teníamos en casa para recoger el arroz y el maíz cuando llegaba el tiempo, y de esa manera se podían trasladar los heridos de un sitio a otro, e incluso acomodar la camilla sobre unos cartones hasta que hubiese una cama libre.

Tardamos mucho tiempo en ver la nueva zona terminada porque los españoles no nos podían ayudar mucho, tenían un trabajo exagerado con los heridos que iban llegando, y la gente de Tingale, hacíamos lo que podíamos, pero éramos pocos. A parte de las cuatro niñas, el resto eran ancianos y mujeres que, como mi madre, tenían hijos en la guerra y a las que cada vez les quedaba menos fuerza para trabajar.

Nos dimos toda la prisa del mundo para tenerlo acabado antes de que llegase el mes de noviembre y con él las lluvias que traía cada año, y cuando al fin dimos por terminada la ampliación, estaban todas las camas y camillas ocupadas, llenas de jóvenes muchachos que llegaban con un último soplo de vida, a veces para

recobrarla en manos de los españoles, y otras veces para, simplemente, morir cogiendo sin fuerza la mano de alguno de nosotros.

Aquellos meses crecí mucho más por dentro que por fuera. Para mis once años no era muy alta, pero te puedo asegurar que rendía igual que un adulto, y había aprendido muy bien lo que era trabajar de sol a sol: por la mañana temprano en el campo con mi madre, pues ella ya no podía con los pocos sacos de arroz que íbamos sacando, y por la tarde en el hospital donde todas las manos eran bienvenidas.

Sin quererlo, me había convertido en la persona más fuerte de mi casa. Aunque mi padre había mejorado mucho con el tratamiento de los médicos españoles, no dejaba de fumar aquellos cigarros que él mismo se hacía y que, según decía el doctor *Péres*, le estaban matando lentamente.

La abuela Mahar hablaba poco, pero seguía recordando a mis hermanos, los nombraba con frecuencia, y me contaba cosas de ellos para que no se me olvidasen, pero para mí eran solo eso, personajes de historias, recuerdos de otros que yo incorporaba a los míos.

Y mi madre seguía consumida con la esperanza de que sus hijos regresasen un día a casa, esperanza que yo había perdido hacía mucho, pero que, curiosamente, conservaban todas las madres del pueblo, por más

tiempo que hubiese pasado desde el comienzo de la guerra, cuando sus hijos, la mayoría niños, habían sido reclutados para la lucha.

Después he comprendido que las madres tienen una dosis de esperanza mucho mayor que el resto de las personas, y en lo referente a sus hijos, no se agota jamás, es como un horizonte infinito, una distancia que, cuando alcanzan sin haber logrado su objetivo, vuelve a empezar una y otra vez. Las mujeres de Tingale, tan resignadas a su vida de duro trabajo y cuidado de la familia, jamás se resignaban a la pérdida de un hijo. Vi morir a más de una, agotada por el sufrimiento, pero convencida de que, tarde o temprano, el niño robado para el ejército volvería a sus brazos convertido en hombre vencedor de la guerra y del tiempo.

Como te decía, cuando la nueva parte del hospital se llenó, todos los que habíamos colaborado en su construcción nos sentimos orgullosos, era como si algo de nosotros se hubiera quedado entre aquellos suelos de cartón, entre aquellas sábanas viejas que suplían las paredes que no había. Visto desde fuera nadie hubiera podido imaginar el servicio que hacía, pues parecía pequeño y endeble, como una especie de chamizo adosado al hospital grande, pero nosotros lo veíamos con los ojos del esfuerzo que nos había costado levantarlo y con la ilusión de saber que estaba sirviendo de gran ayuda a los médicos españoles.

Todo el equipo estaba muy agradecido a nuestro pueblo, nos repetían que sin nuestra ayuda hubiera sido imposible ampliar el hospital, se les veía que sentían hacia nosotros tanto cariño como nosotros les habíamos cogido a ellos, especialmente a mí, a la que consideraban una especie de hija adoptiva.

Nos hicieron cientos de fotografías y películas que enviaban a España para que viesen lo que les estábamos ayudando en su trabajo y los grandes progresos que estaban haciendo al poder atender a más gente a pesar de no haber tenido ayuda económica. Al principio me daba mucha vergüenza que me sacasen en las fotos y me grabasen con aquellas cámaras en las que quedaba guardado hasta el menor gesto que yo hiciera. ¿Y si ese me quedaba dentro de sus cámaras y ya no podía salir nunca? ¿Y si me convertía en una niña sin cara porque se me fuese gastando de tanto grabarme con sus extraños aparatos? Con el paso del tiempo vi que no me faltaba nada, que seguía siendo la Kamía de siempre, y me acostumbré, pocas eran las imágenes en las que no estuviese yo por algún sitio.

Un día, los sanitarios quisieron agradecer a todos los vecinos de Tingale la ayuda prestada, y prepararon en el campo una comida típica española. Ahora ya la conozco, pero entonces era la primera vez que veía cocinar el arroz de aquella manera tan extraña, añadiéndole muchas cosas y poniéndolo de color

amarillo. No nos gustó a casi nadie, pero disimulamos para no desilusionar a los españoles que habían preparado lo que llamaban «paella» con mucha ilusión para que conociésemos algo típico de su país.

Después sacaron una cosa que tenía el doctor Chea guardada como un tesoro, era una botella dorada, con un tapón muy extraño que, al quitárselo, hizo el mismo ruido que si sonase un disparo, con lo cual, la mayoría de nosotros nos dimos un susto de muerte y nos tiramos al suelo con las manos cubriéndonos la cabeza, como nos habían enseñado a hacer si había algún tiroteo, cosa bastante frecuente.

Luego nos explicaron que no se trataba de ningún disparo, que era simplemente el ruido que hacía el tapón de la botella al salir con fuerza, pero ya nadie quiso probar aquel líquido dorado que se convertía en espuma al caer en los vasos, nos daba miedo, y por más que nos explicaron que en España se bebía cuando había una celebración, a nosotros aquel «cava», como ellos lo llamaron, nos recordó a los disparos de la guerra y ni siquiera nos acercamos a él.

Fue un bonito día porque en Tingle no solemos tener visitas, y mucho menos en tiempos de guerra, por eso, al ver la buena voluntad de todo el equipo, nos volcamos con ellos, y sentimos que el afecto era mutuo. La pequeña fiesta no se extendió demasiado porque el trabajo no se lo permitió, y eso que no llegaron tantos

heridos como días atrás. Al caer la noche pudimos respirar un poco de aire fresco mientras descansábamos.

No podíamos imaginar entonces el inesperado giro que iban a dar nuestras vidas poco tiempo después.

Nunca podré olvidar aquel mes de noviembre, era el año en el que yo cumplía doce, hace ya un tiempo, pero a mí me parece que fue ayer.

Había empezado la estación de las lluvias, y estábamos acostumbrados a ellas y a sus consecuencias, porque Tingale está muy cerca del cauce del río Little Scarcies, y algunos años se había desbordado llegando el agua hasta el pueblo, por eso nos preveníamos haciendo pequeños diques con arena y ramas de árboles en las zonas de más peligro, y nuestras cabañas eran protegidas con una mezcla de tierra, agua y paja, que, al endurecer, formaba una especie de muro de contención de unos dos palmos de altura en torno a cada una de nuestras casas.

Yo había visto algunas crecidas, pero nunca había pasado nada, porque esos muros que te digo no eran derribados por el agua y nos protegían durante los días que tardaba el río en recuperar su caudal normal. Pasada la estación, se quitaban las protecciones, y así año tras año.

En otras zonas del país no tienen que hacerlo porque están más alejadas de los ríos, o porque tienen casas más sólidas que no tienen peligro, pero Tingale, además de estar cerca del río como te he dicho, dicen que está levantado en el antiguo cauce de otro pequeño río que hace muchos años pasaba por allí. Los primeros hombres que habitaron el pueblo desviaron el camino

del agua para que fuese a dar toda al río principal y así aprovechar la zona que había quedado para instalar sus casas y tener allí sus tierras, porque era un terreno fértil y muy apropiado para el cultivo, sobre todo del arroz. Además, no estaba demasiado lejos de las minas de bauxita donde durante años habían trabajado la mayor parte de los hombres de aquella zona, así, mientras ellos iban a las minas, las mujeres y los niños se encargaban del campo.

Aquel mes de noviembre no presagiaba nada que pudiese ser diferente de otros años, el calor se volvía más húmedo -un calor pegajoso, diferente al del resto del año-, el cielo se cubría con algunas nubes *panzonas* que parecían a punto de reventar, y las cabañas se llenaban de provisiones por si pasábamos algunos días sin poder salir de ellas.

Era lo mismo todos los años, nada más cambiaba: la guerra seguía su avance, los soldados continuaban cayendo, el hospital seguía lleno y los españoles seguían con su ritmo agotador de trabajo, cansados, con pocos medios, y al igual que nos pasaba a los demás, sin comprender por qué la situación duraba tanto tiempo, por qué nadie podía arreglar un conflicto como aquél, en un país tan pequeño, tan pobre, con la mitad de la población huida a otros territorios en busca de la paz que allí no había, y la otra mitad aguardando inútilmente a que un día terminase todo y los que se

habían ido siendo niños, regresasen a sus casas aunque volvieran maltrechos, heridos, amputados o moribundos, pero que regresasen ya.

Aquella noche no dejó de llover, pero no era extraño, recuerdo que lo único que nos impidió dormir con tranquilidad fue la abuela Mahar, que sin saber lo que le ocurría, estaba especialmente inquieta, como si estuviese padeciendo terribles pesadillas, pero completamente despierta, con más lucidez de la que había tenido en los últimos meses.

Mi madre la tumbó en su cama y me pidió que la ayudara a darle masajes para que se calmara, pero no había manera, era como si hubiese recobrado la fuerza que ya no tenía, podía con nosotras dos, se levantaba y se apretaba la cabeza con fuerza, como si le fuese a estallar, como si quisiese sacarse de dentro algo que la estaba torturando.

Dando vueltas por el interior de la cabaña, decía con la voz debilitada: «¡Muerte! ¡Veo muerte, viene la muerte!».

—Todo esto la está trastornando —dijo mi padre—. Ella no puede comprender tanta guerra y tanta gente como está muriendo, todos terminaremos por ponernos así.

Pero no era eso, yo sabía que no era eso.

Mi madre y yo nos miramos en silencio. En aquellos ojos hundidos vi reflejado el mismo temor que

en los míos, y aunque no pronunciemos ninguna palabra, no nos hizo falta, nos entendimos de sobra. Algo iba a suceder, algo nada bueno que la abuela estaba presintiendo y no éramos capaces de entender.

No era la primera vez que ocurría, todos sabíamos que la abuela Mahar tenía premoniciones, a veces veía cosas que iban a suceder y que nadie podíamos imaginar. Según me contaban mis padres, cuando era más joven, iba mucha gente de nuestro pueblo y hasta de otros pueblos cercanos a preguntarle si veía algo antes de tomar una decisión importante: el viaje de un familiar, la compra de una tierra o la cosecha del año.

Y ella nunca mentía, si no veía nada, ni bueno ni malo se lo decía al interesado y aunque este se fuese un tanto decepcionado, sabía que no había sido engañado. Si, por el contrario, la abuela intuía algo, transmitía esa sensación tal cual la presentía, y jamás se había equivocado.

Después, al ir haciéndose mayor, parecía haber ido perdiendo aquella capacidad, no tenía las visiones con tanta frecuencia, y la gente había dejado de ir a preguntarle cosas. Pero aquella noche estaba claro que había vuelto a ella la intuición de que algo malo iba a ocurrir, y mi madre y yo estábamos asustadas, aunque evitamos mencionarlo porque mi padre nunca había

creído en aquellas historias y nos tenía prohibido creer a nosotras también.

La lluvia no cesaba, al contrario, parecía caer cada vez con más fuerza. Mi padre se asomó un par de veces a ver cómo estaban las cosas fuera de la cabaña, pero según abría la ventana, la abuela Mahar comenzaba de nuevo a gritar que veía muerte y que cerrase la ventana porque la muerte nos aguardaba allí fuera.

Creo que aquella noche duró muchas más horas que el resto de las noches de los doce años que tenía, fue una noche eterna porque el sol no quería salir cuando llegó la mañana, las nubes se habían apoderado del cielo de tal forma que parecía que nunca más se iban a ir de allí, y mientras tanto, la lluvia no dejaba de caer.

El panorama era desolador. El agua rodeaba las casas, de continuar lloviendo unas horas más, superaría rápidamente la altura de los muros de protección, aunque lo que preocupaba verdaderamente a mis padres era que la cantidad de agua caída lograra desbordar el cauce del río, y este llegase al pueblo.

La abuela Mahar se había quedado adormilada por el cansancio de la ajetreada noche, y mientras mi padre salía de nuevo de la casa para vigilar el nivel del agua, mi madre y yo nos miramos asustadas, yo mucho más que ella.

— ¿Qué va a pasar? —pregunté con la voz muy baja para que la abuela no se despertase.

—No lo sé —dijo mi madre—, hacía muchos años que no veía llover de esta manera.

— ¿Y eso que ha dicho la abuela? ¿Tú crees que va a ocurrir algo malo?

Antes de contestarme se acercó a mi lado y me cogió la mano. Mi madre no es de muchas palabras, pero sabe transmitir todo lo que quiera con su mirada, con sus gestos, con una caricia en la cara.

—Pase lo que pase hay que ser fuertes —dijo mientras me colocaba el pelo en una trenza.

—Pero la abuela dijo que veía muerte...

—Mira, Kamía, asómate a la ventana.

Nos acercamos juntas a una de las ventanas de la casa desde donde pudimos ver a mi padre bajo un toldo conversando con dos ancianos vecinos que, como yo, parecían muy asustados. La lluvia no cesaba, estaba a punto de rebasar el nivel de las contenciones, y cuando eso ocurriese, se metería en nuestras casas sin ningún remedio.

—Mira, hija, mira el cielo. ¿Ves allí donde asoma el sol?

La verdad era que el sol tenía poca intención de asomarse aquella mañana, pues las nubes se empeñaban en mantenerlo prisionero entre sus abultadas barrigas

rellenas de agua, pero lo localicé, y lo miré al tiempo que también lo miraba mi madre.

—Desde aquí, si estiras la mano y pones un dedo encima del sol, te parecerá que lo puedes tapar ¿ves?

Hice la prueba, y sí, era cierto, alargando mi mano y poniendo un dedo encima del sol, quedaba tapado por completo.

—Pues no es así, Kamía, no se puede tapar con un dedo todo el sol, eso es algo que no debes olvidar. Si hoy el río crece, nosotros no podremos detenerlo, pero no por eso vamos a darnos por vencidos.

—Entonces ¿qué haremos?

—Luchar, siempre luchar. Con un dedo no se tapa todo el sol, pero sí un rayo, por pequeño que sea, por insignificante que te parezca es importante, lo que no debes hacer nunca es darte por vencida. Llorar no arregla nada, desesperarse no soluciona los problemas. Hay que luchar para vivir, Kamía, esto no lo olvides nunca, mira al frente, no hacia atrás, mira al frente y pelea por la vida, es lo único que tenemos.

Creo que era el párrafo más largo que le había escuchado decir a mi madre en los últimos años. Entonces no capté del todo la profundidad de sus palabras, pero a lo largo del tiempo me he ido dando cuenta de la importancia de lo que me dijo.

—El río reclama lo suyo —dijo mi padre cuando regresó a casa con una cara de preocupación que nunca le había visto.

— ¿Qué es suyo? —pregunté asustada.

—El cauce es suyo. Ya sabes que Tingale está levantado en el antiguo cauce de un afluente del Little Scarcies —me recordó mi padre.

—Bueno, pero eso fue hace muchos años, y no creo que el río vaya a «acordarse» de eso ahora...—le contesté sin poder creer lo que él decía.

—Mientras tenga por donde dirigir el agua que está cayendo, no habrá problema, pero si supera su capacidad, que es lo que está a punto de pasar, encontrará el camino, aunque haga cien años que no lo recorra.

Miré a mi madre en espera de que ella dijese algo, de que le explicase a mi padre que lo que estaba diciendo no podía ser, que estaba equivocado, pero ella no dijo nada, simplemente me miró, y después miró a la abuela Mahar, que continuaba durmiendo.

—Si en una hora no deja de llover habrá que salir de aquí.

Estaba muy asustada, confieso que de lo único que tenía ganas era de ir a refugiarme en los brazos de mi madre para que me tranquilizase, para que me dijese que mi padre no sabía lo que estaba diciendo, pero no lo hice, porque cuando estaba a punto de echarme a llorar,

mi padre me miró muy serio y me recordó algo que en mi casa era como una religión:

—Llorar no sirve.

Y mientras yo me preguntaba por qué nadie calmaba mis temores ni me hacían caso, mis padres empezaron a meter en cestos las pocas cosas que teníamos: algo de ropa y comida, ese era todo nuestro equipaje.

Mi madre cogió también una pequeña bolsa de tela donde guardaba el dinero que quedaba de cuando mi padre trabajaba en las minas, y yo cogí la muñeca que me había regalado el doctor *Péres*, aquella española rubia, con un traje rojo de volantes y lleno de lunares blancos. La muñeca era la única que aún conservaba en su cara la sonrisa, porque todos los demás estábamos muy serios, callados, solo pendientes de escuchar el ruido del agua que no dejaba de caer de una forma tan exagerada que parecía que se hubiesen abierto las compuertas de todos los cielos del mundo, que todas las nubes se hubiesen puesto de acuerdo para descargar en nuestro pueblo.

Cuando despertamos a la abuela Mahar, el agua entraba en la casa sin que pudiéramos detenerla de ninguna manera, se había burlado de las protecciones y se colaba con fuerza dentro de nuestras casas, dentro de nuestras vidas.

Los techos de las casas, que normalmente soportaban bien la estación de lluvias, aunque hubiera que reforzarlos con frecuencia, estaban empezando a filtrar el agua para abajo, pues tenían tantos litros encima que no podían soportar más peso, con lo cual, nos estábamos empapando además de ver cómo a la velocidad que estaba entrando el agua por el suelo, pronto no podríamos ni caminar.

La abuela no se asustó cuando vio lo que pasaba, no dijo nada, solo se quedó mirando nuestras caras de preocupación, y nada más.

Mi padre intentó cogerla en brazos para sacarla de la casa, pero tuvo uno de aquellos ataques de tos que le daban cada vez que hacía un esfuerzo, y entonces mi madre, que parecía no tener fuerza ni para respirar, no sé de dónde sacó la energía, pero cogió a mi abuela sobre sus espaldas y los cuatro salimos de la casa con el agua a la altura de los tobillos.

Algunos de nuestros vecinos ya estaban subidos en los tejados de sus casas, y eso fue lo que hicimos nosotros, por una escalera de madera que había en un lateral, fuimos subiendo hasta la parte más alta mientras la lluvia nos entraba por la cabeza y nos salía por los pies. Completamente empapados, y mirando al cielo con la esperanza de ver un claro entre tantas nubes, nos acomodamos como pudimos y nos tapamos con una

vieja manta que no tardó en estar tan llena de agua como nosotros.

Desde aquella altura el paisaje era desolador, el río se había desbordado por completo, y sus aguas anegaban el pueblo haciendo que pareciese un gran torrente salpicado de pequeños picos en los cuales nos sosteníamos las familias en espera de que alguien pudiese ayudarnos.

Vi a mis vecinos en la misma situación que nosotros, había muy pocos hombres, la mayoría eran mujeres con niños y ancianos enfermos, todos en lo alto de las casas, mirándonos unos a otros, sin decir nada, sin hacer nada más que guardar el equilibrio para no caernos de allí.

— ¿A qué estamos esperando? —le dije a mi madre.

—A que deje de llover.

— ¿Y luego? —pregunté porque no me imaginaba lo que podría pasar con nuestras vidas cuando dejase de llover, pero mi pregunta quedó en el aire, la arrastró la lluvia o se fue flotando en el enorme río en que se había convertido mi pueblo, no lo sé, nadie me contestó.

No sé decirte el tiempo que estuvimos allí, para mí fue eterno, nunca había tenido aquella sensación de que el agua podría con nosotros, en realidad, el agua siempre me había causado respeto porque el río Little

Scarcies es muy grande, y ver toda aquella cantidad de agua junta me asustaba un poco, aunque no se lo había dicho a nadie, porque ya te he contado que, en mi cultura, eso son signos de debilidad.

Pero si hasta entonces el río me había inspirado respeto, desde aquel día era pensar en el agua y entrarme pavor, me aterraba la idea de que pudiera engullirme, me temblaban las piernas, y todo mi pelo se ponía de punta.

La poca claridad que el sol había aportado aquel día comenzó a desaparecer, por lo que imaginé que serían cerca de las seis de la tarde. Seguíamos todos encaramados a los tejados, viendo cómo la fuerza del agua asolaba nuestro pueblo arrastrando consigo algunas de las casas más pequeñas o que estaban sin terminar de construir. Mis padres no hablaban, y la abuela era como un bloque de piedra, una roca empapada en la que solo se distinguían dos ojos brillantes que se clavaban en mí como si me hablasen.

— ¿Cuándo pasará esto, abuela? —le pregunté muy bajito para que mi padre no me regañase por creer que ella podía saber algo del futuro.

—Pasará —me dijo con la voz muy baja también—. Pero, no debes temer al agua Kamía, el agua puede matar o puede dar vida, y a ti te la dará, lejos, pero te la dará.

Las voces de los vecinos y de mi propio padre me sacaron del ensimismamiento en el que me habían sumido las palabras de mi abuela. Por lo que antes había sido una de las calles de Tingale y que ahora era un auténtico torrente de agua, se vislumbraban algunas luces entre la oscuridad que ya se estaba haciendo dueña del día.

Llegaba ayuda, se había hecho esperar, pero al fin venían a rescatarnos. Todavía tardaríamos varias horas en bajar de allí, porque eran dos pequeñas barcas las que llegaban, pero en ellas no cabían más de cuatro o cinco personas, por lo que tuvimos que esperar pacientemente a que llegase nuestro turno.

Cuando me vi metida en aquel sitio que era poco más grande que un coco abierto a la mitad, con mis padres y mi abuela sentí un miedo tremendo. Mientras el hombre que nos había recogido trataba de guiar la barca como podía ayudándose de unos pequeños remos que servían para bastante poco, la sensación de peligro me paralizó. El agua estaba tan cerca de mí que podía tocarla con la mano, un agua sucia del barro que arrastraba, revuelta y oscura.

La barca se movía mucho, el frío me hacía tiritar, pero el temor a caerme no me permitía moverme más. Cuando llegamos al hospital de los españoles y nos ayudaron a bajar de la barca, casi se me saltan las lágrimas del susto que había pasado, pero no lloré, me

había fijado en que ni mis padres ni mi abuela habían llorado, aunque estuviesen tan asustados como yo, tenía que ir aprendiendo lo que me habían dicho: llorar no sirve.

Al poner los pies en el hospital y ser recibida por la enfermera África, me cogí a ella tan fuerte como pude y dije:

— ¡Nunca más volveré a subir en una barca, nunca más!

—Lo harás, Kamía.

Nadie hizo caso a lo que dijo de mi abuela, hicieron como si no la hubiesen escuchado, pero, aunque yo también guardé silencio, aquellas palabras se me quedaron grabadas y un tiempo después las recordé.

No, por más años que tuviese mi abuela, no había perdido su capacidad de ver lo que iba a ocurrir.

La crecida del Little Scarcies provocó tales inundaciones que casi se podría decir que Tingale desapareció por completo. Nuestras casas se convirtieron en pedazos que la corriente arrastraba sin ningún esfuerzo, las calles eran como cascadas que se llevaban a su paso todo lo que encontraban, y los pequeños terrenos en los que cultivábamos arroz y cereales para poder comer, fueron borrados como si nunca hubieran existido.

Las familias fuimos trasladadas al hospital de los españoles, que, milagrosamente, quedaba de pie, aunque la parte nueva, la que habíamos levantado entre todos con tanto esfuerzo e ilusión, tampoco soportó la crecida, y se vino abajo con el primer golpe de agua enfurecida, era como si la mala suerte se hubiese asentado entre nosotros y no tuviese ninguna intención de marcharse.

El doctor *Péres*, Chea, la enfermera África y todo el equipo estaban desbordados de trabajo. Por si tenían poco con los heridos que continuaban llegando, se habían quedado sin el espacio que había en la parte nueva y además tenían que darnos cobijo a las familias que nos quedamos únicamente con la noche y el día.

Mi padre había empeorado de su enfermedad pues no le convenía la humedad, con la lluvia se había mojado tanto y durante tantas horas que, al llegar al hospital, tuvieron que ponerle uno de aquellos cables de

plástico conectado a su brazo para meterle por allí las medicinas, porque casi no podía ni respirar.

Mi madre volvió a quedarse como muda, no sé si porque no tenía nada que decir o porque no tenía fuerzas para hacerlo, su única preocupación era pensar que el pueblo había desaparecido y entonces, cuando mis hermanos regresasen de la guerra no podrían encontrarnos. Por más años que pasen, aunque la guerra se termine, aunque pase el tiempo y ellos no vuelvan, mi madre siempre les estará esperando, jamás se resignará a pensar que sus hijos no volverán.

La abuela Mahar observaba todo, vigilaba con sus ojos aguileños cuanto pasaba en torno a ella, pero no se quejaba nunca, no pedía nada, no daba ni el menor trabajo. Los médicos estaban preocupados por ella y por los otros ancianos de Tingale, que parecían los más débiles de todos, pero, a pronto vieron que, si bien en aquella zona pocos llegaban a ancianos, los que lo hacían estaban fuertes, curtidos por el tiempo, maestros en aguantar cuanto cayese sobre sus espaldas sin que de su boca saliese la menor queja.

Yo quería ser como mi abuela, observadora, silenciosa y fuerte, pero no lo conseguía, a mí me gustaba mucho hablar, estar entre la gente, enterarme de todo. Al igual que las otras tres niñas que había en el pueblo y que también se habían quedado sin casa, nos adaptamos a vivir en el hospital mejor que los adultos,

porque para nosotras era un sitio familiar, quizás por eso supuso menos esfuerzo que para nuestros padres amoldarnos a la nueva situación, pues estaba claro que hasta que el agua no recuperase su nivel normal, no podríamos regresar a Tingale para levantar de nuevo nuestras viviendas.

Yo no había olvidado las palabras de mi abuela la noche de la inundación, cuando había presagiado muerte y no se había equivocado, pues en varias casas se habían producido desapariciones de familiares con la crecida. Tampoco había olvidado lo que me había dicho de que yo volvería a montar en barca, no le encontraba ninguna explicación, pero confiaba tan ciegamente en la capacidad de la abuela Mahar para ver lo que nadie veía sin equivocarse, que cada vez que podía me arrimaba a su lado para intentar que me contase algo más de lo que nos iba a ocurrir.

Era difícil poder hablar con ella, porque se pasaba el tiempo al lado de mi padre que no mejoraba lo rápido que esperaban los médicos, y él no soportaba que yo creyese en esas historias de predecir el futuro, nunca le había gustado, decía que eran invenciones de su madre, que nadie podía ver lo que no había sucedido y que no era bueno que yo creciese creyendo en lo que no era real, por eso cada vez que me veía preguntarle algo a mi abuela, me separaba de ella y me reprendía con firmeza para que se me quitasen de la cabeza esas

ideas de «vieja chiflada», que era lo que él opinaba de las visiones de su madre.

—Abuela Mahar, dime lo que ves —le decía en voz baja—. Yo sé que ves cosas, que sabes lo que va a pasar, mi madre siempre dice que jamás has mentido. Tú nunca me engañarías ¿verdad?

Me miraba desde aquellos ojos que resaltaban por lo blanco que tenían el fondo sobre la piel tan oscura, tan negra como la mía, aunque con muchas más arrugas.

—El agua se irá pronto —me dijo aprovechando que mi padre dormía—. Pero no para ti, Kamía, tú tienes más agua en tu vida, agua limpia, pero brava. El agua y tú vais a estar siempre cerca. Lo verás, niña, lo verás.

No decía nada más, se callaba y cerraba los ojos como si estuviese mirando para dentro, como si de aquella manera, en su interior pudiese ver lo que los demás no imaginábamos, lo que no podíamos suponer ni prevenir. Mi abuela decía cosas muy extrañas, cosas que no tenían significado alguno para mí; después me pasaba horas tratando de descifrar sus palabras, dándole mil vueltas a sus frases o intentando que me dijese algo más concreto, pero todo era inútil, cuando se desconectaba del mundo exterior no había nada ni nadie que la hiciese regresar.

Estaba claro que lo mejor era no preguntarle nada, porque lo único que hacía era dejarme desconcertada al no saber cómo interpretar sus palabras, pero no podía evitarlo, me asombraba la forma en la que era capaz de predecir lo que podía pasar, aquel misterio que rodeaba a mi abuela, aquella forma de hablar en la que decía muchas cosas, aunque yo no me enterase de nada.

¿Agua? Había dicho que en mi vida había más agua, pero no sabía a qué podía referirse, porque con el pánico que yo había cogido a todo lo que se relacionase con las inundaciones, no quería ni imaginar que podía volver a pasar. Me aterraba el agua, me daba un miedo tremendo que evitaba mencionar porque decirlo hubiera sido demostrar mi debilidad, y si en mi familia eran todos muy fuertes, yo no quería ser menos, pero lo cierto era que no había vuelto a dormir bien por las noches, soñaba con la crecida del río, me veía flotando en sus aguas, llevada por la corriente, arrastrada a su voluntad. Eran unos sueños tan reales que me despertaba sintiendo el movimiento del agua en mi cuerpo, temblando de miedo y empapada de sudor de tanto como me agitaba.

Estuvimos viviendo en el hospital casi dos semanas, hasta que el agua fue recuperando su cauce normal y pudimos regresar a lo que había sido nuestro pueblo, nuestras casas, de las que no quedaban nada

más que un montón de escombros embarrados en el mejor de los casos.

Y otra vez a empezar. Sin palabras, sin una lágrima, sin nada más que las dos manos de cada uno para partir de cero, poco a poco, en silencio, aparentemente agotados, pero dejado entrever una fortaleza interior que a mí me asombraba al tiempo que trataba de imitar.

Muchas veces he pensado lo poco que acostumbramos a hablar en mi familia, pero con el tiempo me he ido dando cuenta que hay veces que se aprende más de los silencios, de las miradas, de los gestos que se pueden observar en los que te rodean.

La imagen de mi padre tosiendo continuamente, pero sin dejar de buscar material que nos pudiera servir para la casa, o la de mi madre llevando a la espalda a mi abuela evitando que se llenase de barro, no se podrán borrar nunca de mi mente.

Tampoco podré olvidar a mi abuela, mirándome desde aquellos pequeños ojitos enterrados entre las arrugas de su piel, con un brillo especial, con el cariño reflejado en cada gesto que hacía.

— ¿Qué te pasa abuela? —le preguntaba cuando la veía mirarme de aquel modo que me inspiraba una profunda tristeza— ¿Por qué me miras así?

—Porque quisiera estar siempre contigo —decía apoyando su mano en mi mejilla.

Me daba la impresión de que la abuela Mahar hacía referencia a que como era muy mayor, podía morirse pronto y no podría estar conmigo, esa era la conclusión que yo sacaba de sus palabras, y me disponía rápidamente a alejar aquella imagen de su mente.

— ¡Pero abuela! Si tú y yo vamos a estar siempre juntas...Siempre, siempre...

—Sí, siempre, siempre...hasta que dejemos de estarlo.

—Abuela, no digas eso, que tú eres muy fuerte y no te vas a morir —le dije muy triste.

Ella se quedó un momento en silencio y después dijo:

—No, los que no están, ya están todos muertos, pero los que estamos vivos no estaremos juntos mucho tiempo.

Como vio que me había quedado sin palabras, me cogió de la mano y me dijo:

—Tú y el agua, Kamía, tú y el agua.

Tal vez pensó que con eso me aclaraba algo lo que quería decirme, pero se equivocaba, lo único que hacía era intrigarme aún más.

Cuando nuestra casa tuvo en pie lo que era el esqueleto, rellenamos el suelo con cartones y cubrimos el techo con un entramado de cañas, igual que habíamos hecho para levantar la parte nueva del hospital. Dirás que viendo lo poco que tardó la lluvia en llevarse todo podríamos haber utilizado otros materiales mejores, pero no te creas que teníamos mucho más. La idea era revestirlo de madera para darle un poco más de seguridad, pero eso lo iríamos haciendo con el tiempo, aprovechando la cantidad de árboles que habían quedado arrancados en el suelo a causa de la riada, con calma, porque era un trabajo muy laborioso, sobre todo porque nosotras tardábamos mucho en reunir la madera ya que ni mi abuela ni mi madre ni yo estábamos como para pasarnos el día cortando leña, y por si eso era poco, mi padre seguía con sus problemas respiratorios y apenas hacía un esfuerzo le faltaba el aire, se fatigaba y tenía que parar para no ahogarse.

Abandonamos el hospital de los españoles, aunque nuestra casa distaba mucho de reunir las condiciones necesarias para poder vivir, pero era imposible continuar allí, no había espacio físico donde podernos colocar y, como los heridos no podían ir a otro sitio, las familias que nos habíamos quedado sin casa nos dimos toda la prisa que pudimos en dejar un hueco para los soldados que llegaban y necesitaban,

aunque solo fuese, unos cartones sobre los que descansar.

El equipo de españoles estaba desbordado, no eran capaces de sacar adelante tanto trabajo porque además de Tingale, había muchos otros pueblos que se habían visto afectados por las inundaciones y todos eran remitidos al hospital. Aparte de los heridos, había gente enferma porque las condiciones de vida empeoraron mucho después de la crecida, y, además, como estábamos todos tan juntos, y había tanto calor y humedad, las enfermedades se contagiaban con rapidez, aumentando cada vez más el número de personas que necesitaban ser atendidas.

Una vez me encontré llorando a la enfermera África, estaba agotada por el trabajo, la comida escaseaba y el dinero que llegaba de España era poco para toda la falta que hacía. Por lo visto en tu país se puede llorar sin que nadie piense que eres débil, eso me sorprendió, y comprendí que no solo la alimentación, la ropa o el idioma cambiaban por vivir en un sitio o en otro, sino que también las costumbres, la cultura o las enseñanzas son diferentes.

«Todos somos iguales» me había dicho el doctor Péres muchas veces cuando yo me quejaba de que no podría aprender nunca a leer porque me resultaba muy difícil. Insistía en que yo podía aprender igual que los demás porque todas las personas somos iguales y los de

Sierra Leona no aprenden mejor ni peor que los de España. Y yo le creí, porque cuando conseguí leer bien pensé que, efectivamente, daba igual dónde se hubiera nacido, se podía aprender a leer igual, pero me fui dando cuenta de que las cosas que aprendíamos desde niños no eran iguales, lo que intentaban inculcarme a mí desde pequeña no era lo mismo que le habían inculcado a la enfermera África, porque ella lloraba abiertamente y yo me pasaba el tiempo intentando tragarme unas lágrimas que a veces querían salir al exterior pero que yo me apresuraba a contener para que nadie dudase de mi fortaleza.

—No te preocupes, Kamía —me decía África mientras se secaba el llanto con un pañuelo—. Esto se me pasa enseguida, es que estoy cansada, pero yo soy fuerte, podremos salir adelante.

¿Lo ves? Ella, aunque lloraba, decía que era fuerte. Qué diferente era todo, qué mensajes tan distintos nos habían dado, qué mundos tan diferentes había dentro del mismo mundo.

El día antes de abandonar el hospital para regresar a lo que algún día volvería a ser Tingale, el doctor Péres me dijo que mi padre estaba mucho peor y que debería quedarse con ellos.

—Necesita oxígeno, Kamía, y aunque tenemos ya muy poco, todavía podemos ayudarle, no debe irse

de aquí, tienes que convencerlo para que se quede unos días más.

Yo no sabía lo que era el oxígeno, pero ahora ya sé que es un aire mejor que el que respiramos, más bueno, para que los enfermos se recuperen, y además no tienes que respirarlo tú, bueno sí, pero te lo enchufan en las narices con unas gomas y así el aire te entra casi solo, no tienes que andarlo respirando por ahí. No sé si me entiendes, porque no lo sé explicar muy bien.

Le hice caso al doctor *Péres* y traté de convencer a mi padre para que se quedase con ellos un poco más, pero no hubo forma de hacérselo comprender, decía que el aire estaba en la calle y que no necesitaba que nadie se lo tuviese que traer hasta su misma cara, así que se vino con nosotras y juntos empezamos a reconstruir la casa, aunque la verdad era que él no podía ayudar mucho porque, como te he dicho, se ahogaba enseguida.

Por más empeño que puso mi padre en parecer fuerte, en hacerse el valiente y resistir en pie como los demás, cuando llevábamos una semana de trabajo agotador acarreando piedras para reforzar las paredes de la casa y partiendo leña hasta que las manos nos sangraban, él no pudo más y un día nos dio un susto terrible porque se puso muy malo y lo tuvimos que llevar al hospital en la camioneta que, de vez en

cuando, nos llevaba agua potable y un poco de comida a las familias que habíamos perdido todo.

Cuando llegamos, mi padre, que como imaginas, es de piel negra, estaba casi todo de color azul porque apenas respiraba. Pensé que se quedaría para siempre así, y me conformaba, era preferible tener un padre azul que perderlo para siempre, pero los españoles lo pusieron otra vez de su color normal aunque les costó mucho trabajo que volviese a respirar como antes, y nos dijeron que ya se les había terminado el oxígeno y que deberíamos llevarlo a un hospital de Freetown donde lo pudiesen atender en condiciones, porque si se ponía otra vez tan malo, podría morir.

Desde allí mismo, en la misma camioneta que iba repartiendo alimentos, nos fuimos mi madre y yo con él, dejando a la abuela Mahar al cuidado de una familia vecina.

A mí no me gusta viajar, ni a Freetown ni a ningún sitio, porque no me gustan las camionetas ni nada de eso, así que se me hizo eterno. Además, no habían terminado el reparto por las pequeñas aldeas y pueblos que se habían visto afectados por la crecida, por lo que tuvimos que ir parando cada poco, con el temor de que mi padre empeorase y no llegásemos a tiempo.

Yo no perdía de vista su boca porque era donde más se le había notado el azul, me obsesioné tanto con

aquel color amoratado que le había visto, que creo que, aunque se hubiera puesto verde no me habría causado alarma alguna, yo solo quería que no volviese a ponerse azul.

Antes de salir del hospital las enfermeras me explicaron que si volvía a quedarse sin respiración tendría que darle aire del mío, ponérselo en su boca para que respirase, y si notaba que el corazón no le latía, debería darle masajes en el pecho, con eso podría salvarle la vida, así que tomé buena nota de todas aquellas instrucciones, que tampoco me parecieron tan difíciles, aunque estaba deseando llegar a Freetown para dejar a mi padre en buenas manos.

No sabes lo larguísimo que se nos hizo el camino, porque, además, en dos de los pueblos en los que paramos a dejar agua, también había enfermos que esperaban la camioneta para ir a Freetown como nosotros, y entre el poco sitio que había y el calor asfixiante que teníamos allí dentro, yo pensé que no llegábamos nunca.

Mi padre no se puso azul en todo el camino, no es que respirase muy bien, pero por lo menos respiraba, y el corazón no se le paró ni un rato siquiera, porque cada poco, yo ponía la mano sobre su pecho para ver si lo sentía, y allí estaba.

Pero lo malo fue que una de las mujeres que habíamos recogido porque estaban enfermas, de repente

se desmayó, se le cayó la cabeza para un lado y se quedó como muerta.

Todos empezaron a vocear asustados y entonces yo me acordé de lo que me habían explicado las enfermeras del hospital, y me pareció que era el momento de aplicar lo que había aprendido.

Es verdad que la mujer no se había puesto azul como mi padre, y te confieso que no me entretuve en mirar a ver si el corazón se le había parado o no, yo tenía muy claro que tenía que ponerle el aire en su boca y apretarle fuerte en el pecho con unos golpes para que el corazón latiese bien, y eso fue lo que hice.

Me puse nerviosa, la verdad, me asusté mucho porque en vez de ayudarme, las otras personas chillaban y la furgoneta se había detenido en vez de correr más para llegar antes.

La mujer seguía desmayada, yo pensé que se había muerto por completo, pero de todas formas intenté darle aire soplando en la cara, no recordaba muy bien cómo me habían dicho que tenía que hacerlo, se me había olvidado todo con los nervios, pero yo soplabo todo lo que podía delante de la cara de la mujer y al verme, todos los demás empezaron a soplar también.

Lo malo fue que cuando empecé a darle golpes sobre el pecho, los demás debieron de pensar que era lo que tenía que hacer todo el mundo y comenzaron a

golpearla con todas las ganas no solo en el pecho, sino también en la barriga, en las piernas, en los brazos... bueno, por todos los sitios...

Cuando la mujer resucitó, porque yo sigo pensando que llegó a morirse un poco, y abrió los ojos, nos encontró a todos allí, soplando sobre su cara y golpeando su cuerpo con todas las ganas, y la pobre debió pensar que estábamos dándole una paliza porque del susto que se dio, casi se vuelve a morir.

Al llegar al hospital me dijeron que había sido un desmayo por el calor tan fuerte que hacía dentro de la furgoneta y que no hubiera hecho falta todo aquello para que se le pasase, pero yo no me arrepiento, hice lo que pude, casi igual a como me lo habían enseñado, y aunque la mujer se quedó con el cuerpo lleno de moratones, por lo menos estaba viva que era lo más importante ¿no?

En Freetown todo era diferente.

Allí no habían llegado las inundaciones, y aunque lo hubiesen hecho, como tienen casas más fuertes, no lo hubieran perdido todo como nosotros.

Era como estar en otro mundo, parecía que allí no se enteraban de lo que estábamos viviendo en el interior. Por la calle la gente iba y venía con normalidad, sin heridas, sin que los soldados se cayesen muertos, porque no se veían soldados. Por un momento me pregunté si aquellas personas estarían enteradas de que había guerra en su país, y de que la crecida del Little Scarcies nos había dejado a todos con lo puesto.

Mi padre se tuvo que quedar ingresado en el hospital porque necesitaba oxígeno de verdad y me dijeron los médicos que no bastaba con soplarle en la cara. Cuando le pusieron las gomas en la nariz para que el aire no se escapase a otros sitios, no tuvo ni fuerzas para protestar. Bueno, fíjate lo mal que se encontraría que no pidió ni uno de aquellos cigarros que se fabricaba y que fumaba continuamente.

Dentro del hospital sí sabían lo de la guerra porque allí también había heridos, pero los médicos no tenían ni la mitad de jaleo que los españoles, y además, se les veía que tenían mejores condiciones para el trabajo porque para operar a la gente tenían sitios especiales y no como los españoles que después de la crecida, cuando el agua derribó lo nuevo y una parte de

lo que ya estaba, tuvieron que operar en una mesa de cocina, y lavar los pocos instrumentos que habían quedado, con agua en una palangana, porque una máquina que tenían para que los dejase mejor, se les había estropeado del todo.

Estuvimos cinco días en aquel hospital, y yo me sentía a gusto porque era un ambiente al que ya estaba acostumbrada. Andaba por los pasillos a mi aire mientras mi madre había entablado amistad con otra familia que también debía tener a alguien enfermo allí.

Un día, cuando salimos las dos a dar un paseo por los alrededores para que las piernas no se olvidasen de andar, pasamos delante de un comercio que tenía una televisión en el escaparate. Muchas personas se habían quedado allí mirando, hipnotizadas ante las imágenes que salían como si estuviesen delante mismo de nosotros.

Mi madre se quedó pegada al cristal, perpleja ante la pantalla en la que salía alguna ciudad de ese otro mundo que nosotros no conocíamos, sería el primer mundo o el segundo mundo, porque lo que sí nos habían dicho desde pequeños era que nosotros estábamos en el tercer mundo, y que ya no había cuarto ni quinto, o sea, que peor que nosotros ya no había nadie.

Bueno, pues en aquella pantalla salía gente que reía, montada en automóviles que yo no había podido ni

siquiera imaginar, nada que ver con las camionetas que nos llevaban la comida, ni siquiera con los coches de Freetown que a mí me habían parecido maravillosos.

Aquella gente de dentro del televisor era estupenda, guapísima, y parecía tan feliz que enseguida pensé que allí no había guerra, ni hambre, ni inundaciones, porque de ser así no podrían tener la sonrisa en sus bocas todo el tiempo. Vivían en casas que tenían incluso escaleras por dentro, casas enormes y donde había de todo lo que una persona pudiera querer, aunque lo que más me llamó la atención fue ver que abrían un armario y estaba lleno de comida, que por lo visto ¡estaba fría!

Puede parecerte extraño, pero yo no había visto nunca una nevera tan grande y llena de comida. Los españoles tenían una pequeña con medicinas, pero pronto se averió con tanto calor y las medicinas se estropearon. De todas formas, era mucho más bonita la de la pantalla, sobre todo porque estaba llena de comida que yo no sabía ni lo que era, pero mis tripas rugiendo me indicaban que fuese lo que fuese, con lo que había allí dentro se podría quitar el hambre de todo Tingale.

Volvimos varias veces a pasar por delante de aquella tienda, y mi madre continuaba quedándose allí quieta, como si un potente imán la atrajese hacia las imágenes que nos mostraban un mundo maravilloso, donde aparentemente no tenían problemas, donde los

niños eran felices, donde los padres vivían tranquilos, siempre sonriendo, besándose, disfrutando de una vida que nosotros no nos permitíamos ni siquiera soñar.

No te voy a decir que a mí no me llamasen la atención las cosas que se veían, pero bueno, también me dijo África que alguna gente había llegado a la luna, y no por eso he dejado de dormir, porque yo no vivo en la luna, yo vivo en Tingale, ¿para qué voy a pensar en otra cosa? Pero mi madre no lo tomó igual que yo, ella no podía apartar de su mente lo que había visto, y no es que fuese la primera vez, porque siempre le habían atraído aquellas otras vidas que existían fuera, pero esta vez le afectó más, porque yo creo que estaba más débil, aunque ella no lo quisiese admitir.

Me he dado cuenta de que las madres sacan fuerzas de donde sea, ellas tienen dosis mayores de todo: de paciencia, de esperanza, de consuelo...Pero cuando les pasan muchas cosas seguidas se derrumban como todo el mundo, aunque en mi familia nadie quería reconocer que los problemas hacían mella en sus corazones.

— ¿Has visto cómo viven en esos sitios? —me preguntaba con los ojos muy abiertos.

—Sí, ya lo he visto.

—Tiene que ser maravilloso, ¿no ves qué felices son todos? Trabajan, comen, y sus hijos no se van a la

guerra con seis años, allí los niños viven bien, están protegidos, no sufren como aquí...

Intentaba calmar un poco la ansiedad que la visión de aquel otro mundo provocaba en ella, pero no creas que era fácil, me daba la sensación de que su mente se había quedado dentro del televisor, como si un trozo de mi madre hubiese salido de ella y estuviese metido por dentro de la pantalla.

Cuando después de esos paseos llegábamos al hospital, no recuperaba la calma, al contrario, iba enseguida a hablar con la familia que había conocido allí y les contaba lo que había visto, la vida que sin duda había al otro lado de nuestras fronteras, como si hubiese hecho un descubrimiento, como si ese nuevo mundo acabase de nacer y nadie más que ella lo hubiese visto.

No sé lo que hablaba con aquella familia, porque yo me iba al lado de mi padre o a curiosear por el hospital mientras mi madre charlaba con ellos. Al principio no le di importancia, pero llegó un momento en el que me llamó la atención que cada vez que me acercaba, ellos dejaban de hablar, evidentemente para que no me enterase de qué conversaban.

Mi madre también guardaba silencio si yo estaba cerca, y aunque le preguntase de qué habían estado hablando, no me decía nada, se quedaba con los ojos fijos en un punto y la mente ida, como si conmigo

solo estuviese su cuerpo, pero el interior de su cabeza estuviese en otro sitio.

En unos días mi padre mejoró, pero los médicos dijeron que no le podían dejar marcharse de allí, pues seguía necesitando el oxígeno. Se le veía con mejor aspecto, pero cuando se levantaba de la cama, apenas daba unos pasos ya se fatigaba y tenía que volverse a acostar. Estaba muy preocupado porque sabía que teníamos mucho trabajo pendiente en Tingale, que hacíamos falta allí para la reconstrucción de la casa y para el cuidado de la abuela, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que él no hubiera podido mover ni la rama más fina que puedas imaginarte, así que, decidimos irnos mi madre y yo, al fin y al cabo, los médicos cuidaban de él, y nosotras haríamos mejor papel en el pueblo que allí.

Prometimos ir a visitarle un par de veces al mes, y así le contaríamos cómo iba todo por casa, y él nos contaría los progresos que iba haciendo en el hospital.

Nos despedimos de él y después, mi madre fue a despedirse de la familia con la que había hecho amistad, el señor Matabo, su mujer y su hijo.

No puedo decirte por qué, pero no me gustaba aquella gente. Tenían ingresado a un señor ancianísimo, que ya casi no podía respirar ni con oxígeno, pero apenas hacían caso de él. Mientras mi madre hablaba con ellos me fijé en el pobre hombre que trataba de

arrancarle un poco más de vida al aire en cada impulso que daba para respirar y que parecía costarle un esfuerzo tremendo. A veces su respiración se detenía y yo pensaba que se había muerto, pero no, volvía otra vez a coger aire haciendo el mismo ruido que si atravesase por una caverna profunda y llena de recovecos.

No le prestaban la menor atención, pensé que si aquel hombre se muriese nadie se enteraría porque a pesar de tener a su familia en el hospital, los Matabo no se dedicaban a cuidarle.

Me fijé un poco en ellos mientras hablaban con mi madre sin que se diesen cuenta de que les estaba observando, para que no dejaran de hablar. En aquel momento no pude imaginar cuál era su verdadera ocupación en el hospital, pero estaba claro que el anciano solo les servía de disculpa para mantener su presencia allí.

No era solo mi madre la que se acercaba a ellos hablando bajo, vi a más personas que los buscaban, que concertaban citas con el señor Matabo, fijaban un día y una hora, no supe para qué, no podía hacerme una idea de qué era lo que se traían entre manos.

Antes de irnos, mi madre le entregó unos papeles a la señora Matabo. De reojo traté de fijarme bien en lo que era, pero no se veía, era una hoja de papel doblado con algo en su interior. Cuando la señora

Matabo fue a meter el envoltorio en el bolsillo de su vestido apresuradamente, no acertó bien y el papel cayó al suelo, dejando al descubierto unos cuantos billetes de leones, que es la moneda de mi país. La mujer, un tanto confusa por su torpeza, lo recogió rápidamente y yo disimulé como si no hubiese visto nada.

Cuando salimos del hospital para ir a la carretera a esperar la furgoneta que nos debía llevar a Tingale, le pregunté a mi madre por qué le había dado dinero a aquella mujer. Se quedó sorprendida de que yo lo supiese, y sin mirarme de frente me dijo:

—Los niños no deben preguntar a los padres por qué hacen las cosas, los padres saben bien lo que tienen que hacer en cada momento y no dudes que será siempre lo mejor para sus hijos.

Con aquella respuesta que me había dejado igual que estaba, sin aclararme nada, dio por terminada la conversación e hicimos el viaje de regreso sin hablar prácticamente ni una palabra más, pero recordé aquel día mucho tiempo después, porque fue el día que mi madre decidió lo que era bueno para mí, y aunque yo sé que lo hizo con la mejor de sus intenciones, se equivocó al elegir.

Aunque solamente estuvimos un par de semanas en Freetown, las cosas habían cambiado mucho a nuestro regreso.

El reencuentro con la abuela Mahar fue de lo más emotivo, creo que nunca me había separado de ella tanto tiempo seguido, y sentirme estrechada por sus brazos de tal forma que todos sus huesos se clavaban en mi carne, me hizo darme cuenta de lo importante que es regresar a casa aunque no se tenga casa, de la importancia que tenía para mí el sentirme rodeada de mi familia, aunque cada vez fuese una familia más pequeña, pues al no estar mi padre, las tres éramos todo lo que teníamos unas para otras.

—Mi niña Kamía —decía la abuela cogiendo mi cara entre sus manos—, mi niña Kamía ha vuelto.

— ¡Claro que he vuelto! —le decía yo muy contenta— ¿Pensabas que me iba a quedar en Freetown? ¡Que no, abuela! Que está muy lejos y no me gusta nada.

—Muy lejos, niña, muy lejos. Esta vez has vuelto. Esta vez sí.

No le hice mucho caso porque la abuela a veces perdía un poco la noción de lo que estaba diciendo, recordaba cosas del pasado y olvidaba lo más reciente. Mientras acariciaba mi pelo seguía repitiendo sin parar: «Esta vez sí, esta vez sí...»

Encontramos Tingale algo mejor de lo que había quedado cuando nos fuimos, por lo menos el agua había ido secándose, pero las calles eran de un barro polvoriento que había dejado al descubierto los estragos causados por la crecida del Little Scarcies. Se veían los restos de las casas derruidas, los sembrados convertidos en tierra seca, las personas abatidas ante tanto trabajo como quedaba por hacer. Y aunque todo iba muy despacio, se notaba que, en nuestra ausencia, las otras familias no habían parado de trabajar, porque la construcción de sus casas había avanzado considerablemente con relación a la nuestra, a la que le quedaba mucho todavía para parecerse en algo a la que el agua se había llevado.

Después de estar un rato con la abuela y saludar a las otras mujeres vecinas que trabajaban incansables, me fui a toda prisa hasta el hospital de los españoles, tenía unas ganas tremendas de verlos, de saber cómo iba todo.

Me recibieron con tanta alegría que sentí lo importante que era tener amigos en aquellos tiempos de desolación y miseria que estábamos viviendo. Con toda la desdicha que había a nuestro alrededor, con la sensación que teníamos de que ya nada podía ir peor y luego ver que estábamos equivocados, que siempre se podían complicar más las cosas, tener a alguien como ellos, que se emocionaban al verme, que salieron a

recibirme con los brazos abiertos y la sonrisa en la boca, saber que aquellas personas me tenían cariño, era lo mejor que me podía pasar, y me di cuenta de que cuando todo falla, lo importante es tener al menos una mano amiga cerca, unos ojos que te miran emocionados, unos brazos que se abren sinceros para demostrarte las ganas que tienen de recibirte.

Todos me preguntaron por mi padre, y el doctor *Péres* me dijo que debíamos de estar tranquilas porque lo mejor para él era que estuviese una temporada en el hospital ya que las condiciones de vida en Tingale no eran lo más adecuado para una persona enferma.

La *meíca* Sagrario me preguntó cómo era el hospital de Freetown, pero no les quise contar que tenían muchas más cosas que ellos, estoy segura de que ya se lo imaginaban. Les dije que no había tantos soldados heridos porque en Freetown había menos guerra que en el interior, y que por eso tenían menos trabajo. La verdad es que después de haber estado dos semanas metida en el hospital en el que estaba mi padre, llegar al de los españoles era como haber caído del cielo al suelo, porque mis amigos cada vez tenían peor situación para trabajar.

África me contó que se les estaban agotando las medicinas y el material para hacer las curas necesarias a los enfermos y heridos que continuaban llegando. Por lo visto, desde España no les podían enviar mucho más

porque en otras partes del mundo había otras guerras y tenían que repartir las provisiones entre todos.

— Por duro que parezca, siempre se reduce todo al dinero, si no hay dinero no hay ayuda, no hay nada —dijo el doctor Chea abatido entre el cansancio físico que arrastraban y el desánimo que podía más que ellos.

—No es solo eso —dijo África tratando de suavizar un poco la situación tan pesimista que el médico había planteado—, es que hay muchos sitios donde hace falta la ayuda. Mira, aquí acabamos de ver los efectos de las lluvias, pero en otros sitios es la sequía la que acaba con la gente, o un terremoto o un huracán...No hay dinero en el mundo para poder ayudar a todos los que lo necesitan, entonces se trata de repartir lo mejor que se puede, aunque ya sabemos que con eso no es suficiente.

No habían intentado reconstruir la parte del hospital que el río se había llevado, ellos no podían atender a todo, y la gente de Tingale que les había ayudado con tanto empeño, bastante tenían con tratar de levantar sus casas, no había tiempo para ir a ayudar a los españoles, y puedo asegurarte que se les veía tan cansados como no los había visto nunca.

—Cuando volváis a España tenéis que enseñarles las fotografías que habéis hecho aquí, para que vean todo lo que habéis trabajado y lo que la gente os quiere.

—Vamos a tener que regresar a España antes de lo previsto —dijo el doctor Chea—. Si seguimos en estas condiciones mucho tiempo, no tendremos más remedio que regresar porque sin medios no podemos trabajar.

No me podía imaginar lo que estaban diciéndome. Yo sabía que les estaban faltando muchas cosas, que al principio se habían arreglado con los medicamentos que les iban enviando y con toda la fuerza para trabajar que tenían, pero me daba cuenta de que estaban todos agotados, el hospital se había quedado muy pequeño para tanta gente como llegaba, la guerra estaba haciendo estragos y los españoles no tenían forma de atender tanto trabajo, pero lo que había empeorado la situación fueron las inundaciones, porque no solo añadieron enfermos al hospital, sino que tuvieron que prescindir de la ayuda que la gente de Tingale y sus alrededores les habíamos prestado. Yo misma no podría estar con ellos tanto tiempo como al principio porque mi madre me necesitaba para ayudarle con la casa, para ir al camino a recoger el agua y las escasas provisiones que nos traía la furgoneta de vez en cuando, y para cuidar de mi abuela, que cada día se encontraba más debilitada.

—Pero, si os vais ¿qué va a ser de toda la gente que llegue herida? ¿Y de los enfermos? —pregunté sin

poder creerme del todo que las cosas estuvieran tan mal.

—Tendrán que ir a Freetown, o a otros hospitales que estén en mejor situación —dijo África con toda la desilusión del mundo reflejada en su cara y en sus palabras, dejándome muy claro que no estaban exagerando, que era muy probable que sus días en Sierra Leona estuviesen contados.

De camino a casa estuve pensando la manera de poderles ayudar para que no tuviesen que irse. No me podía imaginar Tingale sin ellos, me parecía que siempre habían estado allí, y la idea de que tuviesen que marcharse pronto me daba la sensación de que nos íbamos a quedar desprotegidos, solos en el interior, sin nadie que nos ayudase cuando enfermásemos o llegasen heridos arrastrándose por el suelo en busca de atención.

Teníamos que pensar algo, había que convencer a la gente para que volviese a prestar su apoyo a los españoles, había que llamar a los vecinos y explicarles que, si no los ayudábamos, se iban a marchar muy pronto de allí. Yo misma trataría de convencer a las otras niñas que había para que volviésemos a hacer como antes de la crecida, ir al hospital cada día y ayudar, reconstruir la parte que el agua se había llevado, ayudar con los enfermos que no estaban graves. Habíamos aprendido muchas cosas, yo ya sabía hacer algunas curas y vendajes sencillos, al principio

me enseñaron a tomar la temperatura con unos cristales alargados que tenían y que se colocaban debajo del brazo del enfermo. Me costó mucho ver lo que África veía en el cristal y sobre todo saber lo que quería decir, me costó casi tanto como saber pronunciar el nombre de los tubitos: termómetros, pero lo conseguí. Lo que pasa es que cuando ya sabía hacerlo bien, se acabaron los termómetros, se fueron rompiendo, y al final nos conformábamos con poner la mano en la frente del paciente, si estaba muy caliente y temblaba, era que su temperatura estaba alta y había que bajársela quitándole ropa y dándole mucha agua.

Sí, habíamos aprendido muchas cosas con los españoles, no podíamos dejar que se fuesen por no ayudarlos, estaba segura de que los vecinos lo iban a entender y al día siguiente nos presentaríamos todos en el hospital para ayudarlos, para que no se fuesen, para que siguiesen allí enseñándonos cosas.

Llegué a Tingale con la ilusión de que, gracias a nosotros, el hospital no tendría que cerrarse, pero al entrar en la zona que la crecida había dejado más afectada, todas mis ilusiones se vinieron abajo.

Los escasos vecinos que no se habían ido del pueblo en busca de un sitio más seguro para levantar su casa, se afanaban en limpiar de barro lo poco que el agua había dejado en pie. Los ancianos y las mujeres, agotados por el calor y la falta de agua y alimentos,

trabajaban bajo el sol, tratando de levantar algo parecido a unas paredes sobre las cuales pudieran poner los tejadillos de ramas que les cobijasen del sol. Se les veía sin fuerza, transmitiendo toda la pena del mundo sin pronunciar ni una palabra. Unos cuantos niños pequeños andaban por la calle sin que nadie les hiciera caso, sucios, lloriqueando de un lado a otro, con la boca seca, con las moscas revoloteando cerca de ellos.

Avancé un poco más para acercarme a donde estaba mi madre. Tenía las manos agrietadas de tanto amasar tierra para irla pegando en las paredes de la casa, entre las piedras y la caña que ya estaba puesta. Me miró desde no sé ni dónde, porque sus ojos estaban tan hundidos y su mirada tan lejana que era difícil saber de dónde venía.

La abuela, sentada a la sombra, tejía cañas para terminar el techo. Sus dedos iban y venían entre los juncos mojados, sus ojos permanecían cerrados, como si no quisiera ver todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Una familia que había vivido siempre muy cerca de nosotros pasó por nuestro lado con unos cuantos hatillos al hombro. Era todo lo que tenían, y con ello abandonaban Tingale para dirigirse seguramente a Guinea o a algún otro país cercano en el que la guerra no estuviese causando estragos, era lo que estaba

haciendo la mayoría de la gente, irse de allí, buscar la calma a la que todo el mundo tiene derecho.

— ¿No deberíamos irnos nosotros también? —le pregunté a mi madre.

—Nunca —me dijo sin dejar de trabajar—. El día que regresen tus hermanos, yo estaré aquí para recibirlos.

No dije nada más, me coloqué a su lado y empecé a mezclar la tierra mojada entre la piedra de las paredes, como estaba haciendo ella.

La idea que tenía de convencer a la gente de que había que ayudar a los españoles en el hospital para que no tuviesen que irse, se quedó para siempre guardada en mi mente, en ese saco de buenos propósitos que todos tenemos pero que no se pueden llevar a cabo.

Los pocos habitantes que quedaban en Tingale tenían bastante con tratar de reconstruir su vida, no había fuerzas ni horas en el día para poder ayudar a otros.

Aquella noche no dormí bien, soñé con agua, agua que me envolvía y me arrastraba, agua que podía conmigo y me llevaba donde quería, lejos, muy lejos de allí.

No sé por qué los sueños buenos nunca se hacen realidad y los malos sí.

El día que los españoles se fueron de Tingale me pareció uno de los más tristes de mi vida, luego supe que podía haberlos más tristes todavía.

No hubo nada que hacer, no tenían medios para mantener en pie el hospital, y así, por mucho que lo intentasen, lo único que lograban era ver morir a la gente sin poderlos ayudar.

Los heridos que estaban graves fueron trasladados a los hospitales de Freetown, y los que podían moverse regresaron a sus casas, si las tenían, y si no, se quedaban solos, con el cielo y el suelo, con la noche y el día por toda ayuda.

Los españoles recogieron su campamento y en su lugar quedó el enorme vacío que dejan al irse las personas que has querido, que han influido en tu vida, aunque en ese momento todavía no sepas cuánto.

Nos despedimos de ellos con todo el cariño del mundo, que era lo único que les podíamos dar.

El doctor *Péres* me pidió que no dejase nunca de leer, que, aunque ya no lo iba a olvidar, debería seguir practicando, y como sabía que yo no tenía libros, me regaló uno muy gordo que se titulaba

Patología Médico-Quirúrgica, y no era de historias bonitas ni de cuentos o algo de eso, solo hablaba de las cosas de dentro del cuerpo, pero no sé si acaba bien o mal porque nunca lo terminé.

Los vecinos de Tingale acudimos para decirles adiós, no sé quién estaba más triste, si los españoles o nosotros, porque cada cultura es diferente y enseña a manifestar los sentimientos de formas distintas. Por eso mi familia y vecinos los miraban consternados, pero no decían nada, estaban secos, abatidos, y acostumbrados a ver pasar por su vida gente que, tarde o temprano, se iría, ya sabían que era así y no se podían permitir el lujo de sufrir por ello.

Los españoles estaban de otra forma, vi más de una lágrima cayendo por la cara de algunos de ellos. África y la *meíca* ni siquiera trataban de contener el llanto, pero puedo decirte que me impresionó más ver llorar a Chea, porque era siempre tan simpático y tan alegre que parecía que nada podía borrarle la sonrisa de su cara.

Y yo, como había estado tan cerca de ellos y había aprendido parte de sus costumbres, también lloré. Aunque la abuela Mahar me reprendió con la mirada cuando vio dos chorritos de agua salada cayendo por mis mejillas, no pude contenerlos más tiempo dentro, se salieron de mis ojos sin poderlo evitar, se desbordaron como cuando lo hizo el Little Scarcies y nadie pudo impedirlo.

Antes de que el último camión arrancase fui corriendo al lado del doctor *Péres* y le puse en su mano una pequeña piedra en la que había escrito mi nombre

con un líquido rojo que ellos utilizaban para curar las heridas.

— ¡Kamía! ¡Lo has escrito con mercromina! Vaya ideas que tienes...

Y abrazándome muy fuerte me prometió que aquella piedra siempre la llevaría con él, pero que con piedra o sin ella, nunca se olvidaría de mí, y que el día que tuviese una hija, le iba a poner mi nombre, porque era un nombre precioso.

Cuando los camiones arrancaron, yo también pensé que, si un día tenía un hijo, le pondría como él. Esa fue la primera vez que me di cuenta de que, en realidad, no sabía el nombre verdadero de ninguno de ellos. Entonces me pareció un problema porque no me gustaba tener que llamar a mi hijo «doctor *Péres*», pero con el tiempo me di cuenta de que haberlos llamado a mi manera, sin recordar sus nombres de verdad, había sido uno de los peores errores que cometí y que más tarde tendría sus consecuencias.

A partir de aquel momento, no sé por qué, mi vida cambió por completo, fue como si hubiese caído en medio de un remolino que empezó a arrastrarme sin que yo pudiese salirme de él, me llevaba donde quería, me envolvía con una fuerza de la que no podía librarme.

No sabes cuánto eché de menos a mis amigos españoles. Los recordaba en cada cosa que hacía, en

cada palabra en español que ellos me habían enseñado a pronunciar y que yo decía en alto, hablando sola para que no se me olvidase su idioma, para que no se me olvidase ninguno de ellos.

A veces cogía el libro que me había dado el doctor *Péres* y leía: «... esta patología es una tumoración del tejido conjuntivo fibroso que desde el punto de vista clínico puede relacionarse con un factor irritativo crónico...». No entendía lo que significaban aquellas palabras, claro, pero me gustaba escucharlas porque eran en español, y desde que ellos se habían marchado, ya nadie hablaba español conmigo, así que, cuando por la noche no podía dormir, cogía aquel enorme libro y lo abría por cualquiera de sus páginas, poniéndome a leer en voz alta para escucharme a mí misma, como si leer en aquel idioma fuese una música tranquilizadora que me ayudase a conciliar el sueño.

Trabajamos mucho en nuestra casa, era muy pequeña pero como solo trabajábamos mi madre y yo, porque la abuela no podía, nos costó mucho tiempo y esfuerzo verla terminada, al menos por fuera.

Mi madre tenía la ilusión de que cuando los médicos dejaran salir a mi padre del hospital, ya la hubiésemos terminado, para que él pudiese estar dentro, sin sol ni insectos que le molestasen.

Teníamos planeado ir la semana siguiente a Freetown para visitarlo, nada más terminar la casa, por

si le dejaban regresar con nosotras, pero la casualidad quiso que aquella semana no pasase la furgoneta de reparto porque estaba averiada. Nos quedamos sin las escasas raciones de agua y comida que nos daban, yo creo que se olvidaron de nosotros, un pequeño grupo de gente perdida en el interior, entre la selva y el río, en aquel mundo que ya no era el tercero, si no el cuarto, el quinto o el sexto mundo, no lo sé, pero muy lejos del primero, desde luego.

A los dos días escuchamos sobre nosotros un rugido infernal, como si el cielo se fuese a partir en dos para caer sobre nuestras cabezas. Era un helicóptero que ni siquiera se entretuvo en aterrizar, simplemente descendió un poco y abrió una pequeña portezuela por la que arrojó unos cuantos paquetes que nosotros acudimos a recoger mezclados entre el aire y el polvo que las cercanas aspas del aparato levantaron en torno a nosotros.

Eran unos paquetes de arroz, harina y algunas botellas de agua, lo justo para sobrevivir unos días, para aguantar hasta la semana siguiente en que, si había suerte, la furgoneta de reparto estaría reparada y podría llevarnos algo más.

Aquellos días mi madre los pasó muy nerviosa, yo no sabía por qué, aunque supuse que era porque no habíamos podido ir a visitar a mi padre y eso la había disgustado. La notaba alterada, no dormía bien por las

noches y a pesar de que se pasaba el día en el campo tratando de preparar la tierra para que un día pudiésemos volver a sembrarla, comía muy poco y casi sin ganas.

Una de aquellas noches en las que yo leía en alto hasta que el sueño me vencía, llevaba poco rato dormida cuando me despertó un ruido sobre el suelo. Me asusté tanto que no me moví, y al estar tan quieta, mi madre debió pensar que seguía dormida y recogió una vasija que se le había caído y al romperse había dejado tirados por el suelo un montón de billetes de león, que ella se dispuso a recoger a toda prisa.

No tenía ni idea de que mi madre tuviese aquel dinero, no sabía cuánto era porque, como normalmente yo no tenía que comerciar con nada, no tenía una noción exacta del valor del dinero, pero me pareció mucho, eso sí.

Recordé entonces aquel otro montón de leones que mi madre le había dado a los Matabo cuando dejamos a mi padre en el hospital, y pensé que tal vez ella les había prometido más dinero si cuidaban de mi padre en nuestra ausencia, o que quizás hubiera que pagar a los médicos para que permitiesen salir a mi padre y regresar a casa.

No sabía qué pensar, pero tampoco pregunté nada más, mi madre no era de muchas palabras y si no quería, no iba a darme ninguna explicación. Cuando

terminó de recoger el dinero lo contó y haciendo un pequeño paquete con él, lo guardó dentro de su camisa. Luego, procurando no hacer mucho ruido, extendió una tela vieja en el suelo y sobre ella colocó alguna ropa mía, después ató un nudo con las cuatro puntas de la tela y la colocó debajo del jergón en el que se acostó.

Me dormí muy tarde, con los ojos fijos en el cielo que, completamente negro, aunque cuajado de estrellas, se podía ver a través de una de las ventanas de nuestra recién estrenada casa.

Tuve otra vez el sueño del agua. Lo pasaba muy mal, porque me parecía tan real que sentía que me ahogaba de verdad, y lo más extraño fue que por la mañana, la abuela Mahar me dijo que había visto agua, un agua que no era del Little Scarcies, pero mucha, agua por todas partes y en medio del agua ¡Yo!

— ¿Y eso qué quiere decir, abuela?

— Agua para la niña Kamía, ya te lo dije, tú y el agua, agua buena, cuidará de ti, pequeña, cuidará de ti.

Pero a mí el agua seguía asustándome mucho, no me gustaba ni en sueños ni en las visiones de mi abuela, me daba pavor, me producía una sensación inexplicable de no poder respirar.

Soy de una tierra seca, no me gusta el agua nada más que para beberla. Me parecía que el agua del río era buena porque nunca había visto que hiciese daño, pero después de la crecida ya no me gustaba ninguna

clase de agua, me daba miedo, no la quería ni ver, pero ni desaparecía de mis sueños ni mi abuela dejaba de verla para mí, y las visiones de mi abuela jamás habían fallado.

Aquella vez tampoco.

A los dos o tres días, la furgoneta se presentó en Tingale, mucho más destartalada que la última vez, daba la sensación de que todas sus piezas iban a caer al suelo de un momento a otro, pero lo único que importaba era que nos traía más arroz, alguna fruta, agua, harina y trigo, para poder hacer pan y tortas que, no es por presumir, pero a mí me salían de maravilla. Aunque nos habíamos quedado sin horno, bastaba con poner la masa al sol durante un par de horas y se secaba de tal manera que podía comerse sin dificultad, sobre todo cuando el hambre era tan grande como la que nosotros arrastrábamos.

Aquel día, mi madre y yo iríamos en la furgoneta hasta Freetown para ver a mi padre. Yo estaba muy ilusionada por saber si estaba mejor y le podríamos llevar de regreso con nosotras, pero cuando el conductor de la furgoneta le preguntó a mi madre cuántas personas iban a regresar al día siguiente, ella le dijo que seguramente dos. En aquel momento pensé que ella no tenía muchas esperanzas de que mi padre estuviese curado, pero cuando días después recordé aquella conversación, me di cuenta de que las dos personas en las que estaba pensando para el regreso eran mi padre y ella, porque entonces ya sabía que yo no iba a volver.

También la abuela Mahar debió intuir algo porque la despedida no fue como las de otras veces. Se

abrazó a mí muy fuerte, me besó en la frente y, cuando me soltó, vi un brillo muy especial en sus ojos. Mi abuela estaba conteniendo el llanto, estoy segura de que nada más subirme a la furgoneta empezó a llorar, creo que, por primera vez en su vida, y desde luego en la mía.

—Cuídate niña Kamía, cuídate mucho —me dijo mientras mi madre la separaba de mí para subirme en la furgoneta que ya nos estaba esperando.

Desde dentro le dije adiós con la mano pensando que mi abuela se estaba haciendo muy mayor, porque otras veces me había despedido de ella y no se había sentido tan triste. Aunque mi abuela estaba cercana a los cien años, yo no la veía como una anciana, para mí siempre había sido así, al fin y al cabo, cuando yo nací ella ya era mayor, por eso la veía normal, para mí no había cambiado en nada.

Ya de viaje me fijé en que mi madre llevaba con ella el hatillo que había preparado con mi ropa días antes, y supuse que era por si nos teníamos que quedar más días con mi padre. También observé que debajo de su camisa se notaba un paquetito abultado, que, sin duda, era el dinero que había estado contando la noche en que se le rompió la vasija.

Fue un viaje largo e incómodo como el de la vez anterior, pero con menos paradas porque había poblados en los que ya no quedaba nadie, habían

emigrado, se habían ido del país dejando algunas zonas completamente vacías. Pensé entonces que la guerra ya no podía durar mucho tiempo, porque pronto los soldados no tendrían contra quién disparar.

Llegamos a Freetown agotadas por el calor y con un tremendo dolor de cabeza por el movimiento continuo que había llevado la furgoneta durante el viaje, un traqueteo que me hizo pensar que podíamos salir despedidas por el techo en cualquier momento.

Mi padre estaba mucho mejor, había engordado, ya no llevaba las gomas del oxígeno continuamente y era capaz de caminar por el pasillo durante un rato sin ahogarse. Me dio una gran alegría verlo, y a él también, porque me puso una mano en la cabeza dejando que sus dedos se enredasen entre mis rizos negros, y ese era un gesto muy poco frecuente en él, que siempre decía que las personas no debían mostrar sus sentimientos sino guardarlos para sí mismas.

Le conté que ya casi habíamos acabado la casa, que los españoles se habían tenido que marchar, que la guerra no se había terminado y que la abuela estaba bien y nos había ayudado mucho tejiendo las cañas del tejado. Él me escuchaba sin pronunciar ni una palabra, dejando que yo le pusiese al día de todas las cosas de las que él no estaba enterado y que formaban nuestros días.

Mientras yo estaba con él, mi madre había ido a la habitación de al lado en busca de los Matabo. Cuando regresó estaba nerviosa, se frotaba una mano contra otra y le brillaba la frente como a aquellos heridos que llegaban al hospital de los españoles con la temperatura muy alta. Pensé que tal vez estuviese enferma, no sería de extrañar con lo mucho que había trabajado y lo poco que comía. Cuando me acerqué a ella para poner mi mano sobre su frente, me la apartó con un gesto brusco diciéndome que se encontraba perfectamente.

No supe lo que le estaba ocurriendo, pero aquella mujer sudorosa y alterada no era mi madre, al menos, no la madre que yo conocía, la que me miraba a los ojos para hablarme, la que con cuatro palabras me enseñaba tanto de la vida. Me fijé que en su camisa ya no se notaba el paquete del dinero, supuse que lo habría puesto en otro sitio, o que tal vez se lo hubiese dado ya a los médicos para que fuesen preparando las medicinas de mi padre.

No lo imaginé, no sospeché nada porque yo no tenía nada que sospechar ni que imaginar de mis padres. Estaba con ellos, y eso era todo. Me faltaba poco para los trece años y ya sabía que la gente abandonaba Sierra Leona para irse a sitios más tranquilos, pero se iban con sus familias, todos juntos, a empezar de cero, a intentar otra vez tener una vida lo más digna posible. Nunca

había escuchado contar que algunas familias se separasen, que enviasen a sus hijos solos a otros países, lejos, tan lejos como no puedes imaginar.

Sé que mi madre lo hizo creyendo que era lo mejor para mí, ella pensaba que aquel mundo que había visto en la pantalla de la televisión era real, que era un lugar sin sufrimiento ni dolor para los niños. Estaba obsesionada con aquellas imágenes que se habían quedado grabadas en su mente, y, con la intención de alejarme de la guerra, del hambre y de la vida que llevábamos, pensó que lo mejor para mí sería enviarme a uno de aquellos países donde yo sería feliz y viviría como en aquellas películas, rodeada de lujos y comida.

No se dio cuenta de que yo no echaba de menos aquella vida porque nunca la había conocido, no voy a decir que fuese feliz pasando hambre, pero al menos los tenía a ellos a mi lado, eso era lo que había vivido desde mi nacimiento y eso era lo que me hubiera gustado seguir teniendo siempre.

Cuando aquella misma noche mi madre me sacó de la habitación y me llevó a la de los Matabo, no entendí lo que podía estar pasando, no comprendí a qué se debían aquellas prisas y aquella forma de hablar entre susurros. Aunque le pregunté qué pasaba, nadie me contestó.

Me sacaron del hospital rápidamente para meterme en un coche en el que había más gente. Por un

momento pensé que nos llevaban otra vez a Tingale, habría pasado algo, sería por la guerra, a lo mejor nos habían cogido prisioneras y nos llevaban secuestradas como había oído contar de otras chicas en las aldeas vecinas, seguro que mi madre y yo habíamos despertado sospechas al viajar, nos habrían confundido con gente de los rebeldes... Todo eso pasó por mi cabeza como un relámpago, como una secreta esperanza a la que agarrarme, como si mi mente se apresurase a buscarle una explicación a toda la confusión que se estaba formando dentro de mí.

Pero la esperanza duró apenas un segundo, el tiempo justo para ver cerrarse la puerta del coche y comprobar que mi madre se quedaba fuera, que era a mí a la que se llevaban, que no era que nadie me separase de ella, sino que era mi madre la que se separaba de mí, la que me empujaba dentro de aquel coche, la que ante mis gritos desesperados me decía que era lo mejor, que irme de allí era mi salvación, que ella no podía perder más hijos.

— ¡Vivirás, Kamía, vivirás! ¡Lejos de aquí vivirás!

El ruido del viejo motor del coche me impidió seguirla escuchando. En el interior había otros dos chicos, el más pequeño estaba tan asustado como yo. Un hombre llevaba el volante y otros dos trataban de sujetarnos como podían, entre el forcejeo que teníamos,

vi que uno de ellos era el señor Matabo. Después, ya no vi más.

Cuando desperté del mareo que me había dejado inconsciente, continuaba en el mismo sitio: el asiento trasero de aquel coche que seguía moviéndose, y medio aplastada entre los dos chicos que se habían quedado dormidos y el señor Matabo, que no dejaba de mirarme. Delante iban el conductor y otro de aquellos hombres, sin pronunciar ni una palabra, avanzando por un camino en el que no pude distinguir nada porque era de noche y todo a nuestro alrededor era completamente negro.

Pasaron unos segundos hasta que recordé lo ocurrido y pude darme cuenta de lo que había pasado.

— ¿Adónde me llevan? —pregunté con la voz afónica de tanto como había gritado al principio.

—Vas a hacer un largo viaje, pequeña —dijo el señor Matabo.

— ¿Adónde? —insistí.

—A otro mundo mucho mejor, no te preocupes de nada, solo pórtate bien, es lo único que tienes que hacer.

—Quiero ir con mis padres —le dije a punto de empezar a llorar.

—Ahora no puede ser, chica, tu madre ha pagado mucho dinero para sacarte de aquí, para que puedas conocer sitios mejores, así que duerme un poco y no pienses en nada más.

No sabía lo que quería decir «sacarte de aquí». ¿Sacarme de dónde? ¿De Tingale?

¿De Freetown? ¿De Sierra Leona? Solo sabía que yo no quería irme a sitios mejores, que yo estaba bien como estaba y nunca pedí que me llevaran a ningún otro lugar.

Recordé la despedida de mi abuela y de nuevo saltaron las lágrimas fuera de los ojos. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por regresar a su lado y alejarme para siempre de aquel coche que me llevaba a un mundo mejor al que yo no quería ir.

No puedo decirte las horas que duró aquel viaje, porque no lo sé, cuando me quedaba cansada de tanto llorar me dormía, y cuando despertaba seguíamos allí metidos y el coche continuaba corriendo mientras la noche se iba disipando para dar paso a un día en el que no sabía lo que iba a pasarme, pero esperaba que al menos pudiera levantarme de aquel asiento en el que ya no sabía cómo colocarme, pues me dolían todos los huesos del cuerpo de estar tanto tiempo retorcida.

Si tienes un mapa de África delante verás que mi país es muy pequeño y está rodeado de otros países un poco más grandes, uno de ellos es Guinea. Bueno, pues la primera vez que nos dejaron bajar del coche ya no estábamos en Sierra Leona, sino en Guinea.

No imaginas lo lejos que me sentí de todo lo que hasta entonces había sido mi vida, me vi tan perdida, tan sola e indefensa que no sabía ni qué hacer ni hacia dónde mirar. No entendía nada, ni por qué estaba allí, ni

en qué lugar me iban a dejar, ni qué era lo que yo tenía que hacer. Me daba la impresión de que hacía mil años que me habían separado de mi familia, aunque apenas hiciese un día, y puedo asegurarte que en mi mente, solo había un único propósito, regresar a casa, volver con los míos, irme de cualquier sitio al que me llevase aquella gente. Jamás se me ocurrió pensar que podía empezar una vida diferente en otro país donde viviría mejor, sin guerra, sin hambre... Nunca, nunca imaginé otra vida distinta a la que conocía, y lo único que tenía claro era que tenía que volver como fuese al lado de mi padre y de mi abuela Mahar.

Sí, has leído bien, no he mencionado a mi madre porque en aquellos momentos lo único que sentía hacia ella era un odio tremendo, una sensación de incompreensión total, de que me había engañado. Me había traicionado y había planeado lo que ella pensaba que era mejor para mí, sin contar conmigo, sin decirme ni una palabra, decidiendo cómo debía ser mi futuro sin que mi opinión contase lo más mínimo. Era tanto el dolor que sentía al pensar en ella que, durante mucho tiempo, dejé de hacerlo y me empecé en pensar que mi familia eran únicamente la abuela y mi padre.

¿Qué dirían ellos cuando supieran que mi madre me había mandado lejos? ¿Estarían de acuerdo? Porque yo estaba segura de que todo había sido un plan ideado

por mi madre junto a los Matabo, sin contar con mi padre ni con mi abuela, de eso no tenía ninguna duda.

Como te decía, cuando nos bajamos del coche la primera vez estábamos en algún sitio de Guinea, pero no sé dónde. Nos metieron en una especie de tienda de campaña donde nos dieron agua y algo de comida, después los tres hombres que nos habían llevado hasta allí se fueron en el coche y nos dejaron sin dar más explicaciones.

Comprendí que su misión terminaba en aquel lugar, seguramente los Matabo se dedicaban a trasladar a la gente hasta Guinea, y desde allí, regresaban a Freetown, donde esperarían la oportunidad para reclutar a otros cuantos infelices que, a cambio de todo su dinero, les entregasen a sus hijos o a otros familiares para llevarlos a un lugar que no sabíamos.

Posiblemente, el hospital era un buen sitio para engañar a la gente, como habían hecho con mi madre. Justo cuando las personas llegan allí con un enfermo o herido, cuando más débiles y desesperadas se encuentran, aparecen los Matabo y les dicen que hay una forma de liberar a sus hijos de aquel infierno. Ellos se llevan los ahorros de toda la vida de esa pobre gente, y a cambio prometen un mundo mejor para sus hijos.

Me preguntaba qué podía hacer yo en Guinea, qué iba a ser de mí, y por qué había entregado mi madre

el dinero que tenían para los sembrados del año solo por llevarme a un sitio en el que yo no quería estar.

¿Cómo iba a subsistir mi familia? Yo sabía que el dinero que se sacaba con la venta de algunos cultivos era muy poco y se guardaba como un tesoro para comprar lo necesario para la tierra, o por si ocurría alguna desgracia, como había pasado con las inundaciones, y no se pudiera sembrar. Sin aquel dinero y con el campo tal y como habían quedado después de la crecida, mi padre y mi abuela iban a pasarlo muy mal. Ya te digo que mi madre no me preocupaba porque su simple recuerdo me hacía un daño enorme.

Estuvimos un par de horas en aquella tienda de campaña, y cuando el sueño estaba a punto de vencernos otra vez, llegó un hombre al que no habíamos visto nunca y nos sacó de allí para subirnos en la parte trasera de un camión donde ya iban más de diez personas amontonadas, algunos niños y otros mayores. Nada más subir nosotros tres, bajaron la lona y el camión arrancó levantando una tremenda polvareda.

— ¿Y ahora adónde nos llevan? —pregunté muy extrañada.

Desde el fondo del camión alguien a quien no pude ver me contestó muy extrañado:

—Pero niña ¿no lo sabes? Vamos a España.

Viajamos metidos en aquel camión por un país que limita con Guinea y que se llama Malí. Solo paraban para echar gasolina, y nos dejaban bajar lo justo para estirar las piernas, pues estábamos entumecidos de ir sentados tanto tiempo.

Comíamos allí dentro un cuenco de arroz, que era lo que nos daban, con un poco de agua que estaba caliente y sabía fatal, pero que tomábamos con ansiedad porque era lo único que teníamos para beber en medio de aquel viaje interminable y de un calor asfixiante.

Los adultos iban allí por su propia voluntad, y los niños porque los padres o las madres lo habían decidido, por eso nos tenían más vigilados, porque tenían miedo de que nos escapásemos. Yo no podía quitarme de encima la idea de que me llevaban secuestrada.

Dentro del camión iban los dos chicos que ya estaban en el coche cuando me subieron en Freetown, que se llamaban Toyuka y Samid, y eran también de Sierra Leona, del interior, como yo, pero de otro poblado que no conocía. Tenían ocho y dieciséis años y eran hermanos. El pequeño había llorado tanto como yo, y sin cruzar ni una sola palabra, nos habíamos dado cuenta de que estábamos en la misma situación, nuestros padres habían elegido aquel viaje para

nosotros creyendo que era lo mejor que podían hacer, sin darse cuenta de lo que nos estaban haciendo pasar.

Además de ellos, iban dos niños de Guinea y tres más que subieron en Malí, yo era la única chica. Luego estaban los adultos, cuatro hombres y cinco mujeres, dos de ellas con una enorme barriga, que acariciaban con frecuencia como si quisieran transmitirles a sus hijos que esperasen un poco en nacer, porque su mayor ilusión era que lo hiciesen en España, para que pudieran vivir con libertad, para que no pasasen jamás necesidades ni viviesen las consecuencias de una guerra.

Éramos en total diecisiete personas las que nos amontonábamos en el remolque del camión, diecisiete desconocidos que habíamos coincidido en aquel extraño viaje que no sabíamos cómo ni cuándo terminaría.

Según fuese el camino, más o menos peligroso, al caer la noche nos deteníamos o seguíamos avanzando. Creo que dormimos en el camión cinco o seis noches. Yo prefería parar que dormir allí dentro, porque al parar nos bajábamos y extendíamos una tela en el suelo donde, por lo menos, nos podíamos estirar, que de otra forma era imposible.

En Malí estuvimos poco tiempo, no sé si es un país grande o pequeño porque desde el camión no se veía nada, solo sabíamos que iba rodando sin parar, a veces por caminos que se distinguían del resto de la

tierra, y otras veces por el medio de la nada, entre arena, polvo y sed, que era lo único que sentíamos nosotros.

—Cuando lleguemos a España —le dijo Samid a su hermano menor—, podremos comer y dormir bien, ya lo verás. Allí todo es diferente, no llores.

Sus palabras me recordaron a las de mi madre, cuando después de ver en la televisión las imágenes de lo que ella creía el primer mundo se quedaba pensativa y me decía que aquella gente no tenía problemas. Como recordar a mi madre me seguía haciendo un daño tremendo, alejé su imagen de mi mente y me dediqué a pensar que, dentro de todo lo que me estaba pasando, no había tenido muy mala suerte porque al llegar a España, solo tendría que preguntar por los médicos españoles, y ellos me ayudarían, y me cuidarían hasta que pudiera regresar a Tingale, porque estaba segura de que cualquiera de ellos sabría cómo orientarme para no tener que sufrir un viaje tan largo en el regreso como el que estábamos haciendo para llegar.

—Pero ¿cuánto falta para España? —pregunté tímidamente.

Por lo visto, yo era la única que no sabía lo lejos que estábamos todavía, porque unas cuantas cabezas se volvieron a mirarme extrañadas e incluso pude escuchar algunos murmullos de risas ante mi pregunta, que, desde luego, nadie se molestó en contestar.

En la siguiente parada que hicimos, Samid se acercó a mí y me dijo:

—España está muy lejos. ¿No lo sabías?

—Sí —le contesté—. Ya sé que está muy lejos, pero no sé cuánto se tarda en llegar, porque ya llevamos varios días viajando, y no creo que falte mucho.

Entonces, Samid cogió un palo que había en el suelo, y, en la misma arena que pisábamos, dibujó algo que yo no entendía lo que era, pero que enseguida me explicó.

—Mira —dijo apuntando con el palo a una forma redondeada que había dibujado—, esto es la parte oeste de África, no dibujo muy bien, pero es para que te orientes un poco. Aquí está Sierra Leona ¿no? Bueno, pues por encima está Guinea, que ya lo hemos pasado, y de allí hemos ido a este otro país más grande que se llama Malí, que es donde estamos ahora.

— ¿Y España? —le dije completamente asombrada por sus conocimientos en geografía, que superaban bastante los míos.

—Espera un poco, verás. Todavía hay que atravesar otros países como Argelia y Marruecos, desde allí es desde donde se puede pasar a España, pero para eso falta mucho.

— ¿Por qué no has dibujado a España? —le pregunté con la esperanza de que ver dibujado nuestro destino lo haría más cercano.

—España no está en este mapa, estaría en otro diferente, porque ya no es África, es Europa y están separadas por el mar.

¡El mar! Yo nunca había visto el mar porque cuando íbamos a Freetown siempre era para llevar a mi padre a los médicos, pero había oído hablar de él y sabía que era mucho más grande que el Little Scarcies, lo más inmenso que yo conocía en agua.

Sabía que África y Europa estaban separadas por el mar, pero nunca me había preocupado porque como no pensaba salir nunca de Tingale, me daba lo mismo, hasta que Samid lo mencionó y me quedé paralizada, algo que no pasó desapercibido para él.

—Pero es muy poco mar, no te preocupes, además, lo pasaremos en barco, o sea que no vas a enterarte.

— ¿Y tú por qué sabes todo esto? —le pregunté mirándole a los ojos un tanto asustada.

—Porque mi padre ha intentado pasar a España tres veces, pero las tres le han detenido, cada vez en un sitio, por eso, en esta ocasión ha decidido enviarnos a mi hermano y a mí, porque España no tiene convenio de repatriación de menores con Sierra Leona, y lo más seguro es que no nos puedan devolver.

Estaba tan seguro de todo lo que decía que parecía como si fuese algo normal y corriente hablar de un viaje como el que nos esperaba, dando por hecho

que todo iba a salir bien, que nada nos podía ocurrir y que pronto estaríamos en España viviendo estupendamente.

Samid era un chico inteligente, y me di cuenta de que lejos de ignorar los peligros que nos rodeaban, lo único que quería era que se me pasase el disgusto que tenía y dejase de estar tan asustada. No voy a decirte que consiguiese engañarme, porque yo tampoco soy tonta, pero la verdad es que cuando no tienes nada mejor en lo que creer, te agarras a la mínima esperanza, a una pequeña luz que te pueda guiar en el tremendo desconcierto que tienes por dentro, y eso fue lo que me pasó con Samid, que sin darme cuenta, empecé a no separarme de él ni un minuto, porque en todo el grupo era el único que me había dirigido la palabra, y además de una forma amable y sincera.

En los días siguientes, los dos hermanos y yo nos hicimos inseparables. Toyuka ya casi no lloraba, parecía sentirse a mi lado tan a gusto como yo me sentía al lado de ellos. Y es que no sabes lo importante que es tener un amigo hasta que vives una situación como la que estábamos viviendo nosotros: lejos de nuestras familias, rodeados de gente extraña y viajando continuamente hacia aquella «tierra sin problemas» que nunca acababa de llegar.

Te preguntarás si se me olvidó tan pronto mi familia, y no, eso no lo creas, porque es algo que no se

puede olvidar jamás, lo que pasa es que, a medida que el camión avanzaba por las tierras de Malí, sentía que cada vez me alejaba más de la posibilidad de escaparme de allí, de regresar a casa por mi cuenta, de deshacer todo el camino andado. Era como si hubiese conseguido asumir que mi destino estaba escrito, alguien lo había escrito por mí, y yo no podía hacer nada para cambiarlo, al menos hasta llegar a España, donde mis planes estaban trazados: en cuanto pusiese un pie en suelo español preguntaría por el doctor *Péres* y su equipo, y ellos me ayudarían a regresar. Mientras tanto no podía hacer otra cosa que resignarme a ir allí metida, atravesando tierras de nadie, parajes vacíos, áridos y polvorientos que parecían no terminar jamás.

Lo mejor que me pudo pasar fue tener unos amigos como Toyuka y Samid, que, al menos, no se reían de mí cada vez que preguntaba cuánto faltaba para llegar. En vez de eso, Samid se armaba de paciencia y volvía a dibujar aquellos mapas en la arena, a veces, si no encontraba un palo, con los dedos de la mano lo garabateaba en el suelo y me indicaba por dónde debíamos de estar más o menos, y lo que nos faltaba para llegar al norte de África.

— ¡Pero si ya llevamos mucho tiempo en el norte! —le decía yo desesperada.

—Pues hay que ir más al norte todavía. Mira, tenemos que llegar al norte del norte. Allí está Marruecos, y allí se termina África.

Mientras señalaba insistentemente la parte más alta de su dibujo, yo me preguntaba cómo de grande sería aquel norte y por qué tardábamos tanto en llegar.

Desde Malí fuimos a Argelia, tal y como había dicho Samid.

—Es el segundo país más grande de África — me explicó—. Dice mi padre que solo en su capital vive casi tanta gente como en toda Sierra Leona.

—Entonces tardaremos mucho en cruzarlo — dijo Toyuka, su hermano.

—Tardaremos porque es grande y porque tenemos que atravesar el desierto del Sahara, para después llegar a la zona de las montañas del Atlas, pero, aunque tardemos, no importa, porque al llegar estaremos mucho más cerca de España y entonces ya no nos acordaremos de todo lo que hemos viajado.

Samid era todo lo optimista que a mí me hubiera gustado ser, y no sé si era la mejor medicina para nuestro maltrecho cuerpo, pero era la única. No había más opciones, o mirarse con pena a uno mismo y perderse en lamentaciones, o hacer como Samid, echar la vista al frente y pensar que cada paso que íbamos dando era uno menos que nos quedaba para llegar. Estaba convencida de que, si en algún momento del camino viera decaer a mi amigo, toda la fuerza que me transmitía con su seguridad, todo el ánimo que nos daba a su hermano y a mí, se hubieran venido abajo y no hubiera sido capaz de seguir.

En aquel viaje me di cuenta de que desconocemos todo lo que podemos soportar, y que, a

veces, somos capaces de reaccionar de formas que jamás hubiésemos imaginado.

Fue la primera noche que pasamos en el desierto del Sahara, yo no sabía que después de pasar tanto calor como habíamos tenido durante el día, se podía sentir tanto frío, pero te aseguro que es como te lo cuento, aquella primera noche pensé que nos moriríamos todos congelados en medio de la arena, porque mirásemos donde mirásemos, lo único que se veía era arena, una interminable extensión de arena que parecía querer envolvernos a todos.

No te puedes imaginar el frío tan intenso que hacía, porque, además, apenas teníamos ropa con la que taparnos. Estábamos dentro del camión, pero, aun así, se hacía insoportable y aunque procurábamos juntarnos unos a otros para darnos calor, lo único que conseguíamos era temblar todos al mismo ritmo, como si nuestros cuerpos se hubiesen puesto de acuerdo para bailar una danza, la danza del frío, de la noche que no terminaba, del sol que no acababa de salir.

Tumbados en el suelo del camión, Toyuka estaba entre Samid y yo para, entre los dos, darle algo más de abrigo pues era el más pequeño de todos los que viajábamos, y de nuevo el miedo le había hecho romper en llanto. Traté de calmarle como pude. Ya que no era capaz de quitarle el frío, al menos intenté tranquilizarlo para que dejase de llorar, pues, aunque yo estaba tan

asustada como él, me daba una pena enorme verlo llorando de aquella manera.

Se me ocurrió entonar una de las canciones que me cantaba la abuela Mahar cuando el sueño no venía a mi cabeza, no recordaba bien la letra, pero sí la música, por lo que con el pequeño Toyuka cobijado en mis brazos, tararé la canción mientras luchaba para que las lágrimas no se escapasen de mis ojos, porque ante el recuerdo de mi abuela y de las noches que pasaba a su lado, me costaba mucho trabajo cantar sin llorar.

Cuando Toyuka se quedó dormido me sentí bien porque, por una vez, yo había hecho algo por ellos, con la de veces que Samid me había ayudado a mí. Pero justo cuando coloqué al niño en el suelo del remolque para tumbarme yo también a dormir, me sorprendió sentir muy cerca el llanto entrecortado de alguien más.

— ¿Samid? —pregunté muy bajito para no despertar a los otros— ¿Estás bien? —insistí porque no me contestaba.

Alargué la mano por encima de Toyuka y la puse sobre el hombro de Samid, que se estremecía al ritmo de un llanto silencioso.

Comprendí entonces que, por muy fuerte que me pareciera, por muy seguro que estuviese de todo y por mucha geografía que supiera, también los fuertes tienen momentos de debilidad, también necesitan apoyo, y yo

era en aquel momento el único apoyo que podía tener Samid.

No voy a negarte que verlo a él así de triste fue para mí un motivo más de sufrimiento, porque pensé que, muy mal tenían que estar las cosas para que él se sintiese de aquella manera. Me asusté, se me puso un nudo muy fuerte en la garganta y me entraron unas ganas tremendas de gritar para sacar fuera un poco del enfado que llevaba acompañándome todo aquel tiempo, pero comprendí que no podía hacerlo, que, en aquel momento, yo tenía que ser más fuerte, demostrarme a mí misma que también era capaz de ayudar si me necesitaban, y lo único que se me ocurrió fue dejar mi mano allí, en el hombro de Samid, apretándolo fuerte para que supiera que estaba a su lado.

Lloró un buen rato en el que yo no dije ni una palabra, y cuando estuvo más tranquilo, puso su mano sobre la mía y la dejó allí unos minutos, como para decirme que él también estaba a mi lado, eso fue lo que yo entendí, porque decir, no dijimos ni media palabra.

Por la mañana al despertar, ninguno mencionamos lo ocurrido.

Otra de las cosas que aprendí en aquel camino infinito fue a dejar de preocuparme tanto por mí misma y a fijarme más en los que me rodeaban.

Pensé que aquella tenía que ser la parte más difícil del viaje porque sería imposible pasarlo peor de

lo que lo estábamos pasando con los cambios de temperatura, con los contrastes que nos hacían ir del calor más insoportable al frío más frío que te puedas imaginar, pero ya te contaré más tarde, que de nuevo me equivoqué, que se podía estar peor todavía.

La tercera noche que pasamos en el Sahara, no la olvidaré nunca porque fue una noche muy especial, de esas en las que el tiempo pasa y pasa, pero no se te va de la mente.

Verás, yo llevaba todo el día quejándome porque el desierto no se acababa, ya estaba cansada, ya me parecía que no iba a poderlo soportar ni un segundo más. Samid me había dicho que solo serían tres o cuatro días, y yo le echaba en cara que ya estábamos en el quinto día de desierto y aquello no se terminaba, como si la inmensa extensión de aquel terreno fuese culpa de él.

Sé que hubiera debido ser más fuerte, protestar menos, aguantar como estaban aguantando todos los demás, pero cada vez que pensaba eso me acordaba de que los otros estaban allí porque habían querido, pero yo no, yo no quería estar allí ni soportar todo aquello sin razón alguna.

Cuando se hizo de noche y volvió el frío, trajo consigo el silencio, creo que me dormí pronto de tan enfadada como había pasado el día. No sé qué hora sería porque como era de noche no pude ver a qué

altura estaba el sol, pero me desperté porque escuché que una de las mujeres que viajaba con nosotros respiraba entrecortadamente. Iba a levantarme para ver lo que le pasaba, pero vi que ya estaba con ella otra mujer, y como tenía tantísimo frío, ya no me moví.

No hubo más ruidos en la noche, y hasta por la mañana cuando nos levantamos no me enteré de lo que había ocurrido.

No te lo vas a creer, pero aquella noche nació un niño. Sí, una de las mujeres que estaba esperando a su hijo, lo tuvo allí mismo, en el camión, por la noche, sin que nadie nos enterásemos, sin protestar, sin quejarse como me había estado quejando yo todo el día por el calor, por el cansancio, por todo.

Era un niño precioso, y tenía los ojos tan abiertos como si quisiera verlo todo muy deprisa. Eran grandes y oscuros, y brillaban como las cosas que están sin estrenar. Su pelo eran caracoles negros pegaditos a la cabeza y tenía una boca tan perfecta que cuando la abrió y vi que no tenía dientes me dio mucha pena, porque pensé que se moriría enseguida. Luego me explicaron que todos nacemos sin dientes y nos van saliendo poco a poco.

Fue la única alegría que tuvimos durante el viaje, pero sirvió para aliviar un poco el cansancio y centrar toda nuestra atención en aquel pequeño que

había hecho que Toyuka dejase de ser el menor del grupo.

—Crecerá en España —dijo su madre—, y será libre, libre y feliz.

Entonces me pregunté si no tendrían todos metida en la cabeza una idea equivocada de España, después, me di cuenta de que tenía razón porque al otro lado del mar no estaba el paraíso que ellos esperaban.

Terminar de cruzar el Sahara fue lo mejor que me pudo pasar, pero te aseguro que aprendí bien la lección, porque no volví a quejarme tanto en todo el camino. Cada vez que me sentía agotada, que tenía sed, que el calor o el frío me hacían pensar que jamás saldríamos de allí, miraba al recién nacido y a su madre, que continuaban el viaje sin protestar por nada, ella pendiente siempre del niño y sin quejarse de ninguna cosa, y el pequeño, como si supiese el trance que estaba pasando, sin llorar ni una sola vez, tan formal como si alguien le hubiese explicado que allí tenía que estar callado porque no había otra forma de estar.

Al llegar al norte de Argelia los hombres que nos habían llevado hasta allí en el camión nos dejaron en manos de otras personas. De nuevo quedábamos a merced de desconocidos que ni nos dirigieron la palabra, se limitaron a llevarnos a una vieja casa con muchas habitaciones donde pudimos lavarnos y dormir por primera vez bajo un techo que no fuese de lona.

Había mucha más gente allí, grupos que como nosotros esperaban para ser trasladados a otro sitio. No había camas ni higiene de ninguna clase, pero poder estirar el cuerpo en el suelo sin sentir el temblor por el frío, o los baches del camión me pareció una maravilla.

Pasamos allí tres noches y cuando nos indicaron que nos íbamos, subimos a una especie de autobús pequeño y destartalado que nos condujo por caminos

que parecían serpientes enroscadas pues daban mil vueltas bordeando las montañas del Atlas para llegar al norte más norte de Argelia, donde por fin pudiésemos cruzar la frontera de Marruecos.

Con los mapas que me hacía Samid en el suelo, había aprendido a orientarme, por lo menos sabía dónde estábamos y a dónde nos dirigíamos. Siempre dibujaba la zona redondeada de África que ya casi habíamos atravesado entera, y después de una pequeña separación, un pico de tierra que ya era la costa de España.

Mi única meta, mi único objetivo durante todo el viaje no fue otro más que llegar a aquel pico de tierra, preguntar por el doctor *Péres* y que él me dijese lo que tenía que hacer para regresar a casa, a mi casa, a mi país.

Samid y Toyuka tenían otros planes. Como el resto de las personas que hacían el viaje con nosotros, ellos solo pensaban en quedarse en España, trabajar, ganar dinero y luego traerse a su familia. Del mismo modo que yo nunca pensé en quedarme, ellos jamás se plantearon la idea del regreso.

Tengo que confesarte que cada tramo de camino que avanzábamos me daba más angustia pensar que si quería regresar a casa tendría que volver a pasar por lo mismo. No quería imaginarme más noches en el desierto, ni más sed, ni más días dando tumbos en un

autobús como aquel, al que se le movían los asientos o se le caía parte del techo mientras atravesábamos el Atlas argelino. Mi consuelo era saber que mis amigos españoles me dirían la forma de poder regresar sin tener que hacer el mismo viaje, y esa ilusión era la que me daba fuerzas para superar cada tramo de aquel angustioso recorrido.

Me gustaría contarte las cosas con más exactitud, los días y las horas concretas que tardamos en llegar a un sitio o a otro, pero no puedo, porque llegó un momento en que dejé de contar, dejé de saber el tiempo que había pasado o el que faltaba por pasar, perdí la noción de lo que era una hora o un minuto, y al igual que les pasó a los demás, solo nos orientaba saber si era de día o era de noche, el resto no importaba.

No sé cuánto tiempo tardamos en atravesar las montañas, pero yo tenía la sensación de que a aquel autobús le quedaban pocas piezas por caérsele, aunque, más adelante te contaré cuánto lo eché de menos unos días después.

Cuando llegamos a un sitio que se llama Oujda, cruzamos por fin la frontera con Marruecos. Aunque oficialmente está cerrada, los conductores del autobús sobornaron a los aduaneros marroquíes, y pudimos atravesarla. Comprendí que aquel gesto de dar dinero a cambio de poder hacer algo ilegal era mucho más frecuente de lo que imaginaba. La habilidad y rapidez

con la que se llevaban a cabo aquellos intercambios de permisos y fajos de billetes dejaba bien claro que tenían larga experiencia en hacerlo.

Todo es así, todo se mueve con dinero, con el dinero que habían dado nuestros padres y los mayores que iban con nosotros, con aquel dinero que les había costado años de cosechas y trabajo en la mina poder ahorrar para entregárselo a la gente que nos llevaba y que, una vez guardada su parte, lo repartían entre todos los que nos ponían algún problema para pasar, problema que desaparecía en cuanto le colocaban unos billetes de forma nada disimulada dentro de su mano.

Al sentirnos ya en Marruecos tuvimos la impresión de que el viaje estaba a punto de terminar. Marruecos era la última parte de tierra que Samid me dibujaba en la arena, el último trocito de África que había que cruzar para llegar al mar y pasar a España, pero fue entonces cuando me di cuenta de la diferencia que hay entre ver la distancia en un mapa y verla en la realidad.

Aquel pequeño espacio sobre la tierra que Samid marcaba con la «M» de Marruecos, fue interminable a la hora de recorrerlo, sobre todo, porque una vez cruzada la frontera, nos quedamos esperando que el autobús nos recogiese para continuar el viaje, pero no veas qué cara se nos quedó cuando nos dijeron

que, a partir de aquel momento, el recorrido sería andando hasta llegar a Nador.

No tenía ni idea de la distancia que había hasta allí, y aunque Samid lo sabía muy bien porque su padre había hecho el camino varias veces, no me dijo nada para que no me pusiera triste, y creo que hizo bien. Si en aquel momento me hubiese dicho que nos quedaban por delante diez días de marcha nocturna, esquivando continuamente las patrullas militares, pasando el día escondidos en tiendas de campaña en las que nos cocíamos por el calor y el hacinamiento, y caminando toda la noche por un terreno que no veíamos, si me hubiese dicho eso, creo que me hubiera tirado al suelo para no moverme nunca más.

—Vamos, Kamía —me decía cuando me veía flaquear—, no seas miedosa.

Me lo decía porque sabía que me enfadaba muchísimo que me llamase miedosa o llorona. Yo que quería ser fuerte y valiente como lo eran todos en mi familia, aprender a no llorar, porque como me habían enseñado, «llorar no soluciona nada», yo que quería demostrarle a Samid que era más valiente que él, me pasaba el tiempo quejándome y llorando por todo lo que nos sucedía, y eso me hacía enfadarme conmigo misma, pero no podía evitarlo.

Diez días, sí, has leído bien, diez días caminando, aunque a mí me parecieron diez años, te lo

aseguro, porque nunca me había sentido tan cansada, tan abatida y con la cabeza tan segura de que jamás podría llegar al fin del viaje.

—Podrás, miedosa, podrás —decía Samid tirando de mí y de Toyuka, que tenía los pies llenos de heridas de tanto caminar—. Vamos, un paso más, un poco más y habremos llegado.

No quería darme por vencida porque miraba a los otros y veía que estaban mucho peor que yo y seguían caminando sin decir ni una palabra.

Veía a la madre con su bebé, sin quejarse por nada, y a las otras dos mujeres que esperaban llegar pronto para que sus hijos nacieran en España, pero que caminaban resignadas a pesar de tener las piernas inflamadas por el peso y el calor.

Una noche me caí del agotamiento. Samid intentó levantarme, pero me sentía incapaz de ponerme en pie.

— ¡Vamos Kamía! ¡Ya queda poco! ¡Arriba!

—Lleva muchos días quedando poco, yo no voy más, quiero quedarme aquí.

Lo decía de verdad, no tenía fuerzas y además me daba todo igual, prefería quedarme descansando en el suelo pedregoso antes que caminar un paso más, quería estar sola, tumbada sobre la tierra que era lo único que no se movía, que se fuesen todos y me

dejasen en paz, que nadie se preocupase de mí, que me olvidasen.

Entonces Samid colocó mis brazos rodeando su cuello y mi cuerpo sobre su espalda. De repente sentí que me elevaba sin saber cómo, y al abrir los ojos me vi caminando sobre otras piernas que no eran las mías, sujeta por unos brazos muy delgados que podían conmigo porque me había convertido en un saco de huesos.

— ¡Qué poco pesas, chica! —me dijo mientras me levantaba

Samid me llevó así un tiempo, no sé cuánto, el justo para que una de las veces yo abriese los ojos y viese a su hermano caminando a nuestro lado agarrado a mi pierna para no perderse en la oscuridad.

Entonces le pedí a Samid que me bajase, no podía ir más tiempo sobre su espalda mientras los demás caminaban como podían. Si Toyuka con sus ocho años podía llegar al final, yo también tendría que poder.

Paramos un momento a descansar y nos tumbamos todos en el suelo.

—Gracias —fue todo lo que le dije a Samid.

—No hacen falta —me contestó—, hoy lo hice yo, mañana lo harás tú. Lo importante es no rendirse, aguantar, resistir. Ya queda poco.

Había oído aquellas palabras muchas veces. «Aguantar, resistir, no rendirse», era lo que siempre me decían mis padres, y «mirar siempre para delante», «tirar por la vida que es lo único que tenemos», pero, aunque trataba de no olvidarlas, cada vez las veía más lejanas, más irreales.

—De verdad que sí, te lo prometo — insistía Samid—. Ahora es más cierto que nunca, Kamía, ahora no se puede rendir nadie porque ya estamos llegando a donde te dije, ya casi estamos en el norte que buscamos.

Pero yo no lo creía y me negaba a que me siguiese engañando.

— ¡Venga, miedosa! ¡Un último esfuerzo! —me pidió tendiéndome una vez más la mano para ayudarme a levantar.

Y me levanté como un rayo, porque me ponía enferma cada vez que trataba de fastidiarme diciéndome aquello, por mucho que lo hiciese en broma.

Estábamos en Nador, se suponía que desde allí podríamos pasar a España, pero, aunque estuvimos varios días aguardando el momento, este no llegó nunca.

Había gente allí esperando para ser trasladados a España desde hacía mucho tiempo, sin dinero para regresar a los países de donde procedían, acampados en sitios en los que no deberían estar ni los animales, aguardando el ansiado momento que no llegaba, porque solo se permite el paso a España de algunos pocos, y allí hay miles. Sobreviven atrapados en una especie de callejón sin salida al no poder ir ni para España ni para ningún sitio, porque no tienen ni una moneda para sobornar a alguien, único mecanismo que funciona.

Nos alojaron en un viejo depósito de coches abandonados, y aquellos vehículos fueron nuestra casa durante todos los días que pasamos allí. Los destartados coches se convirtieron en cocinas, en camas y en comedores, todo con tal de no caminar, de descansar un poco, de dejar que nuestros pies supieran lo que era detenerse.

En aquel depósito nació otro de los niños, igual que el anterior, sin un ruido, sin que nadie nos enterásemos hasta que vimos a su madre con el pequeño envoltorio colgado del pecho.

— ¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —le pregunté a Samid.

Casi me muero del susto cuando me enteré de que había gente que llevaba un año esperando aquel traslado a tierra española.

Nosotros no estuvimos tanto tiempo, llevábamos un par de semanas allí cuando se desencadenó una pelea entre uno de los hombres que nos llevaban y otro de un grupo distinto, por lo que fuimos expulsados del depósito y nos vimos obligados a tomar otra decisión.

Allí, el grupo que llevábamos juntos desde el principio se dividió, pues algunos pensaron que era mejor esperar el tiempo que hiciera falta, pero no moverse salvo para cruzar a España, y otros decidieron ir hasta Tánger, donde el traslado estaba asegurado, aunque fuese en peores condiciones.

Yo no sabía lo que podía significar «en peores condiciones», pero Samid me lo explicó.

—Desde aquí se puede pasar en barco, aunque no sabemos lo que habrá que esperar, y desde Tánger pasaremos antes, pero habrá que hacerlo en patera.

— ¿En patera? ¿Y qué es una patera? ¿Un barco pequeño?

Samid se me quedó mirando como si todo el mundo menos yo supiese lo que era una patera, y después de pensarlo un poco, dijo:

—Bueno...sí, es... eso... un barco pequeño...muy pequeño.

—Pues entonces nos vamos a Tánger ¿no?

Yo lo tenía muy claro, después de todo lo que habíamos pasado me daba lo mismo ir a España en un barco muy grande que en uno muy pequeño, no estábamos como para exigir lujos, yo solo quería llegar, me daba igual el tamaño del barco, ya tendría tiempo para ir en uno grande cuando mis amigos españoles me buscasen uno para regresar, en aquel momento lo importante era llegar cuanto antes, no podía imaginarme como aquella gente, esperando durante meses por un barco que por muy grande que fuese, nunca tenía sitio para todos.

Así que, a los que decidimos ir a Tánger nos montaron en el pequeño remolque de un coche y allí fuimos, tragando todo el polvo que nos envolvía como una nube oscura, tapándonos la cara con las manos para no ahogarnos entre la tierra que desprendían las ruedas del coche y el aire que se levantaba al pasar por aquellos caminos áridos y secos en los que parecía que jamás había caído una gota de agua.

Tánger es uno de los principales centros de inmigración ilegal, allí cientos de personas viven del negocio de trasladar gente a la costa española, con frecuencia jugando con las ilusiones de los que llegamos soñando con ese mundo mejor que tantas veces nos han prometido.

La espera puede durar un día o un mes, una semana o medio año, según esté el mar y... la Policía.

Hay gente que se confía con el primero que le ofrece el viaje, y otros que prefieren esperar una oportunidad mejor, pero lo hagan como lo hagan, se arriesgan a ser robados, engañados o arrestados por la Policía, que en medio del trayecto los puede detener y llevarlos de regreso a Marruecos donde de nuevo tendrán que volver a empezar, siempre y cuando reúnan el dinero necesario.

Nuestro pequeño grupo en el que íbamos Samid, Toyuka y yo, con las dos mujeres que habían tenido los bebés, y tres hombres jóvenes, fuimos guiados hasta una pequeña pensión en la que esperamos a que alguien nos ofreciese la posibilidad de viajar, como si fuésemos a hacer una excursión, un viaje lleno de planes, de ilusiones. Hablaban de quedarse para siempre en Europa, les gustaba la ropa de allí, conocían algunas marcas famosas, y los tres jóvenes se sabían de memoria el nombre de los futbolistas más conocidos en España y los decían entre risas y cánticos que les hacían parecer las personas más felices del mundo.

Nosotros tres los mirábamos sin pestañear, porque transmitían mucha alegría. Nadie hablaba del peligro que nos aguardaba, de las patrullas de Policía, de la travesía que teníamos que superar para que alguno de aquellos sueños se pudiera hacer realidad. Estaban contentos, chocaban sus manos en un gesto de

compañerismo. Las chocaron también con nosotros y con las mujeres que cuidaban de sus hijos.

Aquella última noche que pasamos en tierra africana fue la primera vez que tuve la sensación de volver a tener lo más parecido a una familia. No nos conocíamos apenas, pero estábamos esperando el mismo destino, la misma oportunidad y eso nos unía de tal forma que nos hacía sentirnos menos solos de lo que estábamos, menos perdidos en aquel extraño viaje, y desde luego, menos preocupados de lo que nos esperaba al día siguiente.

— Pero ¿qué te pasa? —le pregunté a Samid que parecía no contagiarse tanto del ambiente festivo que teníamos los demás.

—Nada —me contestó—. Mañana nos espera un día duro y es mejor descansar.

En aquel momento me pareció que Samid era muy exagerado, estábamos a punto de tocar el cielo, de llegar a la tierra que llevábamos buscando tanto tiempo, de parar de dar vueltas por África y de llegar a un sitio con nombre, con identidad, con mucho futuro, según decían los tres jóvenes y según soñaban las dos madres para sus niños. No había por qué estar tan tristes, bastante mal lo habíamos pasado.

Bailé hasta casi el amanecer entre las canciones y las palmas que los otros tocaban para animarme. Toyuka estuvo a mi lado hasta que el sueño le venció y,

poco después, yo también caí rendida. Fue mi primera noche alegre desde que, hacía no sabía ni cuánto tiempo, me habían metido en aquel coche en Freetown.

¿Freetown? ¡Qué lejos quedaba todo! ¡Qué distante estaba y qué raro me parecía!

No creas que me había olvidado de mi familia, no. Cada noche me acordaba de ellos y miraba a las estrellas pensando que tal vez, la abuela Mahar estaría en algún sitio mirando las mismas estrellas que yo, porque me había dado cuenta de que estés donde estés, el cielo no cambia. Es lo único que tienen igual el primer mundo, el segundo, el tercero, y hasta un cuarto, si lo hubiera. El cielo es el mismo para todos, aunque cada uno lo vea desde un sitio, unos desde sus casas protegidas de todo peligro y otros desde la selva, a la intemperie, rodeados de tierra y miseria.

Aquella noche yo miré el cielo desde la ventana sin cristales de la vieja pensión, y te aseguro que hubiera dado media vida por haber podido mirarlo desde Tingale, sentada en el suelo, entre el barro seco que había dejado la crecida, entre las casas que se empezaban a levantar tímidamente, entre los ruidos de la selva que hacía tanto tiempo no escuchaba.

No creas que añoré las casas lujosas que salían en la televisión, me hubiera sentido satisfecha con haber podido estar en mi casa de piedras y arena, bajo

el techo de paja tejido por mi abuela, escuchando la respiración profunda de mi padre mientras dormía.

Bueno, también la de mi madre, porque a aquellas alturas del viaje, el enfado se había ido calmando para dar paso a una tremenda añoranza.

¿Tú sabes lo que es una patera?

Es una barca de unos seis metros de largo que se empleaba para salir a cazar patos, de ahí le viene su nombre: patera.

La noche siguiente, cuando nos avisaron de que ya podíamos embarcar, bajé llena de ilusión hasta la orilla de la playa donde nos estaban esperando, y, cuando vi aquella embarcación tan pequeña, pensé que era para llevarnos en ella hasta un barco de verdad que nos estaría esperando más adentro.

—No hay barco «de verdad» —me dijo Samid—. Esta es la patera que nos llevará a España, es lo único que hay, cientos de personas lo intentan así cada día.

«Lo intentan», no dijo si lo conseguían o no.

—Pero aquí no cabemos todos, es imposible —dije mientras nos iban indicando apresuradamente que subiésemos en la barca.

Me equivoqué, en aquellos seis metros nos metimos treinta y seis personas amontonadas, cada uno con un pequeño hatillo de ropa seca envuelta en unos plásticos, que era lo único que conservábamos desde que habíamos iniciado el viaje. Eso y mucho miedo, todo el miedo del mundo se metió en aquella barca con nosotros, y por más que nos decían que nos estuviésemos quietos y guardásemos silencio para no

ser descubiertos, no había manera de que la barca dejase de zozobrar.

Era completamente de noche, yo sabía que estábamos rodeados de agua, pero no lo veía, mi instinto de supervivencia me decía que el peligro era enorme, pero no podía distinguir nada en la oscuridad, no era capaz de imaginarme la cantidad de agua que nos rodeaba. Ninguno de los que íbamos en la patera habíamos visto nunca el mar porque todos procedíamos del interior, era la primera vez que salíamos de allí, y no teníamos ni idea de lo que nos aguardaba, ni, por supuesto sabíamos nadar.

Puede parecerte extraño, pero esto que te estoy contando ocurre muchas veces cada noche, habrás oído hablar de ello, aunque en la televisión de España ya casi ha dejado de ser noticia, pero debes saber que detrás de cada persona que ves llegar a las costas españolas hay una historia, un largo viaje, un dinero pagado, un enorme sacrificio hecho para alcanzar el final cuyo precio, con frecuencia, es la propia vida.

El recorrido del Estrecho de Gibraltar, que era lo que nos separaba de España tiene una anchura de poco más de trece kilómetros, pero no sabes lo larguísimos que pueden llegar a ser trece kilómetros cuando vas en esas condiciones.

No era solo que los niños tuviésemos miedo, también los adultos estaban asustados, las madres

trataban de proteger a sus niños, pero el peligro era tan grande que no sabían cómo hacerlo.

El patrón de la patera insistía en que nos callásemos, decía que las patrullas estaban acechando y que al menor ruido nos apresarían a todos.

Yo recordaba mis sueños en Tingale, aquellos horribles sueños en los que me veía rodeada de agua y pensé que tal vez estuviera en alguna de aquellas pesadillas, que pronto me despertaría y estaría en mi casa, no habría agua, ni patera, ni gente asustada; me despertaría y todo se habría acabado para siempre. Pero no fue así, lejos de despertarme, cada vez tenía más claro que lo que yo había visto en Tingale no eran sueños, sino premoniciones, visiones del futuro como las que tenía mi abuela.

Yo había visto algo que me iba a suceder, pero no había sabido interpretarlo, había pensado que eran malos sueños, algo que debía olvidar, y no era así. Sin duda, había heredado de mi abuela la capacidad de ver algunos momentos del futuro. Ella también lo había visto, lo sabía sin que mi madre le hubiese dicho que me iba a mandar muy lejos, lo sabía porque había visto agua para mí, «mucha agua» me había dicho, «agua para Kamía», por eso se había despedido de mí con lágrimas en los ojos aquella última vez, por eso me decía que lo importante era resistir, como después me

había dicho Samid a lo largo del camino: resistir, siempre resistir.

Estábamos tan amontonados que no sabía si la persona que llevaba a mi lado era Samid o no, así que susurré su nombre muy bajito para saber dónde estaba, pero enseguida el patrón de la patera, un muchacho poco mayor que el propio Samid, me mandó callar con un susurro.

La mano de Samid se deslizó en la mía para que estuviera tranquila y me dijo cerca del oído: «Estoy aquí, Kamía». A la otra mano, se me cogió con fuerza una más pequeñita y casi en los huesos, era la mano de Toyuka, la conocía bien porque habíamos pasado muchas horas agarrados a lo largo de los días que llevábamos juntos.

Sabiendo que ellos estaban a mi lado me sentí más tranquila, el silencio era total hasta que uno de los bebés empezó a llorar sin que su madre pudiera calmarlo. El patrón se enfadó mucho, pero no había forma de callar al niño.

La gente se empezó a poner nerviosa, éramos muchas personas para una barca tan pequeña, y de repente yo empecé a notar mis pies mojados.

No fui la única, se había abierto una vía de agua en el suelo de la patera, demasiado peso para la vieja madera, demasiados viajes hechos cargada de gente

nerviosa, asustada y que no estaban todo lo quietos que el patrón les indicaba.

No veas la velocidad que tiene el agua cuando se cuela por un pequeño resquicio, es como la corriente de un río, no hay quien la detenga, se filtra con una fuerza imparable y lo único que puedes hacer es achicar con las manos una mínima parte que de inmediato vuelve a estar dentro.

Nos afanamos en sacar el agua de allí, pero al hacerlo nos movíamos más, era tal la inestabilidad y la zozobra de la barca que temíamos caernos todos al agua, por lo que nos agarrábamos instintivamente unos a otros, aunque todos estábamos igual de inseguros.

Para poder achicar agua del suelo solté mis manos de Samid y Toyuka, pero les sentía cerca, y, además, el sol empezaba a salir a lo lejos, lo que daba un poco más de claridad a nuestro alrededor y podía distinguir sus siluetas junto a mí.

Aquella claridad fue la que me llevó a tomar conciencia por primera vez del lugar en el que estábamos: simplemente en el medio del mar.

No me lo había imaginado así, no cabía tal cantidad de agua en mi mente.

Todo lo que abarcaba nuestra mirada era mar, como si nos hubiésemos ido a otro mundo en el que la tierra hubiese desaparecido y solo quedase una pequeña barca que cada vez se hundía más.

Solos en medio de todo, en medio de nada.

— ¡España! —nos dijo poco después el patrón señalando unas luces diminutas que empezaban a brillar en el amanecer.

Aquello nos animó a seguir achicando agua con nuestras manos tan aprisa como podíamos. No sé la distancia que quedaría para llegar a la costa, pero solo ver aquellas luces allí, nos hizo creer que estábamos tocando el ansiado paraíso.

Íbamos con retraso, deberíamos haber llegado a la costa antes de que saliera el sol para no ser vistos. Al amanecer, el peligro de que las patrullas españolas nos descubriesen era mucho mayor, y entre el miedo y la inestabilidad de la patera que cada vez tenía más agua, el patrón empezó a ponerse nervioso.

Yo no sabía para dónde mirar, el agua me llegaba por los tobillos y no dábamos abasto para sacarla fuera, era imposible porque eso nos obligaba a agacharnos, a movernos en un sitio en el que no cabíamos ni de pie.

¿Sabes que el mar se mueve? Yo no lo sabía, nunca hubiera creído que podía haber una corriente distinta a la de un río, pero era diferente, en el agua del mar había montañas, montañas que iban y venían, que tenían una altura enorme para luego bajar y quedarse en nada, que se deshacían en espuma blanca para volver a surgir cuando ya creías que se habían ido para siempre.

Tampoco sabía que el agua del mar es salada, hasta que una de aquellas montañas de espuma nos cubrió casi por completo y comprobé que el agua estaba llena de sal, que escocía en los ojos y en las innumerables heridas que teníamos en nuestras piernas y brazos de tanto como habíamos caminado días atrás, y de tanto sacar agua fuera de la patera inútilmente.

— ¡Vamos Kamía! ¡España está ahí!

Samid trataba de animarme, se daba cuenta que mis fuerzas empezaban a flaquear, de que el mar me estaba asustando porque me daba la impresión de tener un poder y una grandeza enormes. Miré las luces de la costa, estaban un poco más cerca, era verdad, pero, aun así, demasiado lejos. Yo tenía claro que no llegábamos, no podíamos llegar, era imposible.

Cuando Tingale se inundó y tuvieron que llevarnos en barca hasta el hospital, me dije a mí misma que no volvería a subirme en un sitio semejante, y mi abuela me dijo: «Lo harás, Kamía, lo harás», y allí estaba yo, tratando de mantener el equilibrio como podía, y haciendo ciertas una vez más las predicciones de la abuela Mahar.

Otra montaña de agua nos engulló y la patera se ladeó de tal manera que casi nos metimos en el agua por completo. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que faltaba gente, teníamos más sitio, alguien se había caído.

Una de las mujeres con su pequeño y uno de los jóvenes muchachos estaban en el agua y asomaban entre la espuma pidiendo ayuda desesperadamente.

Mientras desde la patera intentábamos alcanzarlos, el patrón nos gritaba que no lo hiciésemos, que los dejásemos, que nos íbamos a caer todos al agua.

No sé de dónde salió, pero en un segundo nos dimos cuenta de que no estábamos solos, el patrón de la patera identificó rápidamente lo que a mí me parecía una simple mancha en el agua, como una patrulla de la policía española, y lo único que se le ocurrió fue ordenarnos a todos que nos tirásemos al mar.

Lejos de hacerlo, tratamos de agarrarnos los unos a los otros para no perder el poco equilibrio que nos quedaba, pero él seguía gritando que nos echásemos al agua y sin que nos diese tiempo a reaccionar, nos fue empujando a todos hasta que ya no sé lo que pasó porque todo lo que vi a mi alrededor fue azul, mar y cielo, todo azul mientras el agua entraba y salía por mi boca y yo trataba de mover los brazos y las piernas instintivamente, pensando a la vez que estaba todo perdido, de que no había nada que hacer.

Con el único sonido del agua yendo y viniendo sobre mí, recordé las palabras de mi abuela: «Agua para la niña Kamía, mucha agua».

Ya te habrás dado cuenta de que no me ahogué, porque si no, no estaría ahora contándote todo esto, pero tengo que decirte que no me faltó mucho para desaparecer en aquellas aguas como después supe que habían desaparecido muchas otras personas.

Odiaba el agua, te he contado que nunca me gustó demasiado porque nací en tierra seca, pero, además, le había cogido un miedo tremendo después de ver el daño que había causado cuando el Little Scarcies se desbordó, por eso entenderás lo que fue para mí verme como una hoja perdida en el mar, sintiendo que hasta el aire se había convertido en agua, que por más que lo intentase, no podía salir de allí.

«Resistir» sonaba en mi cabeza, «resistir», me repetía la voz de mi padre, «ser fuertes», «no rendirse jamás», y mientras mi cuerpo se sumergía en el agua y volvía a salir con la última esperanza de alcanzar una bocanada de aire que me permitiera vivir un segundo más, pasaron por delante de mí diferentes escenas que ya había vivido, como si lo estuviese viendo en una de aquellas pantallas de televisión que tanto habían impresionado a mi madre.

¡Mi madre! Ya no tenía ningún rencor hacia ella, puedes pensar que con lo mal que lo estaba pasando, la recordaría con odio por haberme llevado a aquel maldito viaje, pero no, en aquellos momentos la añoraba de tal manera que solo veía sus ojos oscuros

mirándome, sus manos reseca del trabajo trenzando mi pelo, su cara llena de arrugas cerca de la mía, como si estuviese en casa a su lado, cerca de ellos, sin haberme separado jamás.

Una mancha amarillenta se había perfilado claramente ante mí, la veía cuando asomaba la cabeza fuera del agua, ya sin fuerza para sostenerme, ni para seguir moviendo las piernas, o tragar más sal. El sol estaba haciendo que todo se llenase de luz, pero yo me hundía, el sol se elevaba y yo me iba abajo. Me agarré a algo que llegó a mis brazos, me aferré a un resto de madera de la patera para que no se me escapase jamás, lo sujeté con fuerza, era áspero, pero no lo solté porque noté que había dejado de hundirme, que podía mantener la cabeza fuera del agua y respirar.

En ese momento abrí los ojos y pude comprobar el panorama que tenía a mi alrededor.

Varios cuerpos flotaban cerca de mí, sujetos a maderas, como yo, respirando entrecortadamente, a punto de ahogarse, pero, al fin y al cabo, con vida, que era lo único importante en aquel momento.

No supe cuántos de nosotros estábamos o faltaban, no lo podía saber porque estaba tan fatigada que me costaba pensar. Vi cerca de mí a uno de los jóvenes muchachos que llamaba a sus amigos, vi también a una de las madres con su niño llorando y pensé que era bueno porque si lloraba era que estaba

vivo, también vi al patrón de la patera que se lamentaba de lo que había ocurrido con su barca, no con nosotros. No sé, solo recuerdo que de repente me acordé de Samid y Toyuka y empecé a llamarlos con la poca fuerza que me quedaba, mezclando la voz con el llanto, voceando sus nombres para que me contestasen y me dijese dónde estaban. Traté de buscar las luces de España, pero al hacerse de día habían desaparecido y solo se veían unos puntos oscuros, pero aún muy lejanos.

Dejé de llamarlos porque nadie me contestaba, miré al sol y tuve que taparme los ojos con una mano porque su luz me hacía daño. «No puedes tapar el sol con un dedo Kamía», me había dicho mi madre, y tenía razón, era absurdo luchar, era imposible vencer lo invencible, yo no podía ser más fuerte que el mar, como él no podía tapar el sol.

«Pero sí puedes tapar un rayo», y aunque en aquellos momentos no estaba para pensar mucho, intenté no soltarme de la madera, seguir abrazada a ella, si no podía vencer al mar, al menos tendría que vencer la fuerza que hacía para hundirme, aguantar las sacudidas que me obligaban a subir y bajar en aquellas montañas de agua que no se terminaban nunca.

En una de las subidas pude ver algo que me pareció familiar, pero no tuve tiempo de fijarme bien. Esperé un momento más, ya empezaba a cogerle el

ritmo al agua, era cuestión de aguardar unos minutos y de nuevo vendría la montaña a subirme cerca del cielo.

Y le vi, esta vez le vi sin duda, era su camiseta amarilla destacando como si hubiese otro sol en el agua, como si se hubiese encendido una luz que brillaba solo para mí.

Era Toyuka, al igual que los demás estaba agarrado a un resto de la patera y se sostenía sobre el agua tratando de no hundirse.

Pero no vi a Samid, por más que miré entre la espuma de las montañas, no pude verlo. Pensar que podía haberle ocurrido algo me hizo sentir la persona más sola del mundo, como si por segunda vez hubiese perdido a mi familia, como si mi destino, por más vueltas que diese, estuviese abocado a separarme de las personas a las que quería.

El agua nos traía y nos llevaba a su antojo, y flotábamos entre las tablas esperando no sé qué. Tal vez que la costa española no hubiera desaparecido o que la patrulla que había creído ver el patrón nos hubiera localizado.

Es curioso, pero después de pasarnos más de cuatro horas atravesando el Estrecho y pidiendo a todos los dioses del mundo que no nos avistase ninguna lancha de Policía, lo único que después nos podía salvar era que alguien nos hubiese localizado. Según me había explicado Samid, había máquinas que podían detectar la

llegada de pateras, los españoles ya estaban preparados para ello porque todos los días llegaba gente a sus costas. No sabía lo que nos podrían hacer si nos cogía la Policía, pero cualquier cosa era preferible a estar perdidos en las aguas sin saber lo que iba a ser de nosotros.

¿Tú crees que la madera se deshace en el agua del mar? Ahora ya sé que no, que no se puede disolver como ocurre con la sal, pero en aquellos momentos no lo sabía, y toda mi obsesión era pensar qué iba a ser de mí si la madera comenzaba a deshacerse hasta desaparecer por completo.

No sé el tiempo que estuvimos así, ni sé las veces que miré en busca de Samid. El sol estaba subiendo en el cielo, y yo tenía la sensación de haber nacido en el mar, de no haber tenido otra vida más que aquella que tenía en el agua, sin sentir las piernas, pendiente solo de los brazos, que a veces me fallaban y temblaba de miedo ante la posibilidad de que se me escapase el trozo de patera que atesoraba con toda la fuerza que tenía, que era ya muy poca.

«Agua para la niña Kamía» había dicho la abuela Mahar, pero también había dicho que era un agua buena, un agua que me daría vida. ¿Lo había dicho o lo había soñado yo? Tal vez estaba confundiendo la realidad con lo que me gustaría que fuese real. Pero sí, la abuela lo había visto, y ella no se equivocaba, había

dicho que era un agua distinta de la del Little Scarcies, y era cierto. ¿O no? ¿O me lo estaba inventando yo todo para no dejarme hundir de una vez, para mantener la esperanza de que pudiera a salir de allí?

Ya habíamos llegado a aquel norte que me había dicho Samid, pero yo no veía el mundo mejor que se suponía nos aguardaba a nuestra llegada.

Toyuka me llamaba, el agua le había acercado un poco a mí. Tosía porque la sal se le había metido dentro, estaba asustado.

— ¿Dónde está Samid? —me preguntó.

—Un poco más allá, desde aquí no se le ve.

Mentí, pero pensé que no era el momento de decirle que yo tampoco lo sabía, y además tal vez fuera cierto que Samid estaba fuera de nuestra vista, todo era muy confuso.

No sabes lo que me hubiera gustado saber nadar, por lo menos hubiera podido avanzar poco a poco hacia la costa, no podía estar muy lejos, estaba segura de que a escasos metros de nosotros estaban mis amigos españoles, y cuando los encontrase, habría terminado la pesadilla. Me echaría en los brazos de África, me dejaría balancear por Chea, el Doctor *Péres* me preguntaría si había practicado la lectura, y la *meíca* me curaría las heridas de las piernas. Tenía que faltar poco, estaban muy cerca de mí y yo no podía perdermelo.

El mar se estaba agitando, seguro que aquella fuerza nos arrastraría hasta la orilla más cercana, las montañas de espuma estaban creciendo y nos golpeaban con fuerza, otra más, otro poco más cerca, y yo aferrada a mi trozo de patera que parecía haber nacido ya pegado a mis brazos.

La luz del sol me cegaba. ¿Por qué estaba metido en el mar? Tal vez era yo la que me había subido al cielo, a lo mejor la fuerza del agua me había llevado muy arriba y por eso veía el sol tan de cerca. Pero era un sol que se movía, avanzaba hacia mí y me gritaba, un sol con gente dentro, debía de estarme volviendo loca porque no entendía nada de lo que estaba pasando, yo solo quería que se apagase aquel sol deslumbrante y que me dejaran para siempre agarrada a la madera.

«Que apaguen el sol, por favor, que lo apaguen ya» fue lo último que pensé antes de perder la consciencia.

— ¿Cuál es tu nombre? ¿Me oyes? Nombre, noooooombreeee, noooooombreeee....

Un hombre con bata blanca me gritaba muy cerca de mi cara porque pensaba que no le entendía, pero no era eso, es que no tenía fuerza para responder.

Sentía el frío metido en mi interior, no era un frío como el normal, que te tapas y se te quita, no, era otro frío que iba por dentro de mis huesos, estaba segura de que no podría salir de ahí nunca más.

Al lado del hombre estaba una mujer que trataba de ajustarme las mantas al cuerpo para que entrase en calor, pero ella no sabía que mi frío no se podía quitar con mantas. Los dos me miraban y me preguntaban que cómo me llamaba, creo que me habían puesto en una camilla como la que tenían los españoles en Tingale, o sea, que me habían llevado a un hospital, pero no conseguía recordar nada de lo que había pasado.

De repente me asusté muchísimo. ¿Dónde estaba mi pedazo de madera?

¡Mi tabla! ¿Me la habían quitado? ¡Entonces me iba a hundir! ¡No sabía nadar! ¡Me iba a ahogar para siempre!

Me eché a llorar porque no quería ahogarme en aquella camilla, y entonces el médico y la enfermera trataron de calmarme y me di cuenta de que en un hospital no podría ahogarme, que no necesitaba ya el trozo de patera, que a pesar de que mi cuerpo seguía

teniendo la sensación de estar flotando en el agua, yo ya no estaba en el mar.

—Me llamo Kamía —pude por fin pronunciar—. Kamía Leelé.

Y cuando les dije que venía de Sierra Leona me miraron con pena, porque no era la primera persona que llegaba de mi país para ser atendida por ellos, y por eso se imaginaban lo mal que lo debía haber pasado para llegar hasta allí.

La verdad es que al principio tenía la cabeza hecha un lío y lo único que quería era preguntarles cosas, pero todo se me mezclaba en la mente, y aunque se esforzaban en atenderme y en que me tranquilizase, no entendían lo que yo les quería preguntar.

—¿Samid? ¿Dónde está Samid? ¿Y Toyuka?

—Tranquila, Kamía, tienes que tranquilizarte, respira despacio.

—¿El doctor *Péres* cuándo viene? Dile que ha venido Kamía, y a Chea. ¿Ha llegado ya África? ¿Y la *meíca*?

—¿África? —preguntó la enfermera— Claro que sí, vienes de África, muy bien, muy bien, pero ahora descansa.

— ¡Doctorperes, doctorperes! —dije muy deprisa para que fuesen a llamarle enseguida.

—Recuperes, recuperes, claro que sí, no te preocupes que te vas a recuperar enseguida, tú tranquila.

Me pusieron unas gomas en la nariz como las que le pusieron a mi padre en el hospital de Freetown, para que respirase aire del bueno y me llegase bien adentro.

—No te asustes, Kamía, esto es...

—Oxígeno —le dije al médico que se me quedó mirando muy extrañado.

— ¡Eso es! Oxígeno, muy bien dicho. Mira Kamía, ahora tienes que estar tranquila, ya has llegado a España, ya estás a salvo, cuando estés mejor te daremos ropa y también podrás comer ¿De acuerdo?

— ¿Y después? —les pregunté.

Pero en vez de contestarme, se miraron los dos y me dijeron que iban a ver a otros pacientes, que en unos minutos estarían de regreso.

Conté las manchas que había en el techo, veinticuatro, lo sé bien porque las conté varias veces, y como sé contar hasta cien pude hacerlo sin problemas. Si hubiera habido más de cien manchas no sé cómo lo hubiera hecho. Era para distraerme en algo y que el tiempo se me pasase más pronto, porque tumbada en una camilla y llena de mantas, no creas que hay muchas cosas con las que distraerte.

Cuando pasó un poco de tiempo vino a verme otra enfermera y de nuevo empecé con mis preguntas.

— ¿África? ¿Dónde está África?

—África está lejos de aquí, bonita, al otro lado del mar, pero no te preocupes, pronto estarás bien. ¿Quieres volver a África?

—Quiero que África venga aquí —le contesté.

— ¡Ay qué rica! Pero África es muy grande, tesoro, es un continente y no puede venir aquí porque ahora estás en otro continente ¿sabes?

— ¡La *meíca*! ¡La *meíca*!

—No, no, esto no es América, esto es Europa, mira Eu-ro-pa. Pero no te preocupes, si es que es normal, debes tener un lío de sitios...

No había manera, me servía de muy poco saber hablar español si nadie entendía lo que quería decir.

¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaban mis amigos españoles? ¿Cuándo iba a poder encontrarlos? ¿Y Samid? ¿Qué había sido de él y de su hermano? ¿Y de los otros compañeros de viaje?

Yo no podía quedarme allí esperando, tenía que levantarme, salir de aquella habitación, empezar a buscar.

Cuando me puse de pie me mareé y tuve que sujetarme muy fuerte a la camilla para no caerme al suelo, ¿y sabes?, seguía teniendo la impresión de que las montañas de agua me traían y me llevaban como

cuando estaba en el mar, no terminaba de quitárseme esa sensación.

Nada más salir de la habitación en la que estaba, me encontré en el pasillo del hospital. Había muchísima gente con batas blancas, iban y venían a carreras, estaba claro que tenían mucho jaleo, me recordó a los días en que el hospital de los españoles en Tingale tenía tantos pacientes que no paraban de trabajar.

Gracias a las prisas que llevaban no se dieron cuenta de que yo deambulaba por los pasillos, no podían prestar atención a todo, y, además, había varias personas que, como yo, caminaban por allí con un pijama azul.

Algunas puertas de las habitaciones estaban abiertas, y al pasar podía ver en su interior a la gente que albergaban. Creo que era un sitio dedicado solo a los que llegábamos en patera porque la mayoría de las camas y camillas estaban ocupadas por personas como yo, de color negro, que temblaban de frío y querían saber algo de sus familiares, pero no se entendían con el idioma español.

En uno de los cuartos una mujer le repetía al médico que dónde estaba su marido, pero hablaba en criollo y nadie la comprendía. Me dio tanta pena que no pude evitar entrar en el cuarto y ofrecer mi ayuda.

— ¿Sabes español? —se sorprendió el médico—
¡Menos mal! ¡Alguien que entiende a esta mujer!

—Está preguntando por su marido, venía con ella en la patera y quiere saber cómo está —le expliqué.

El médico me miró sin poder evitar un gesto de lástima:

—Dile que su marido no ha llegado a la costa, es uno de los que no han aparecido, hoy ha sido un día terrible, han llegado varias pateras y la policía no da abasto.

Me quedé petrificada, la mujer me había cogido de la mano y me preguntaba una y otra vez lo mismo, que dónde estaba su marido, que no tenía noticias de él, y yo no sabía cómo decirle aquello.

—No ha llegado todavía —le dije en criollo.

Y es que te aseguro que no podía decirle otra cosa, porque era incapaz de añadir más tristeza a la que ella tenía. De todas formas, no la engañé, su marido no había llegado, eso era todo lo que sabían, podía llegar más tarde o no llegar nunca, podían encontrarlo con vida o no, yo no lo sabía y ella necesitaba esperanza.

Salí de la habitación y aunque pasé por delante de otras distintas era como si estuviese en la misma, la imagen no se diferenciaba en nada: rostros entristecidos buscando a familiares y amigos, frío en sus cuerpos, llanto desconsolado y una tremenda tristeza por todas partes.

Creo que aquel día me hice mayor de repente.

No, en aquel hospital no estaban mis amigos españoles, ni siquiera los conocían, ni habían oído hablar de ellos. Nadie sabía quién era el doctor *Péres*, ni Chea, ni ninguno de los que yo había esperado encontrar. Una enfermera muy atenta me explicó que con aquella forma de llamarlos no podría encontrarlos nunca, necesitaba saber sus nombres verdaderos y la ciudad en la que vivían o el hospital en el que trabajaban. Yo no sabía que España tenía tantos millones de personas, y como mis amigos eran conocidos en todo Tingale, siempre pensé que al llegar a España también los conocerían.

Cuando comprendí que la enfermera tenía razón y que no iba a reencontrarme con ellos como había sido mi ilusión durante todo el viaje, fue como si me hubiesen quitado las ganas de seguir respirando o de seguir estando en pie.

Solo pasaron dos días más y me sacaron del hospital porque yo ya estaba bien y necesitaban las camas para otros inmigrantes que continuaban llegando.

Vino a recogerme la Policía y me llevaron en un coche que andaba bien y no estaba roto, a un sitio que era como una escuela, pero sin maestros. Había muchos niños, cientos de niños y niñas que, como yo, habían llegado a España y estaban esperando algo, pero no me digas qué, porque no lo sé.

Puedo asegurarte que allí no cabía ni un niño más, en las habitaciones estábamos tan amontonados que me pareció estar de nuevo en la patera, sin sitio ni para moverme, pero al menos con una cama que era para mí sola.

Me metí dentro y les pedí a todos los dioses del mundo salir pronto de allí, que en España alguien me quisiera mientras todo se arreglaba para regresar a mi país.

Mientras la policía me llevaba a aquel sitio, me habían dicho que tendría que estar allí un tiempo para saber si mi familia me reclamaba, porque como no había convenio de repatriación de menores con Sierra Leona, ellos no podían devolverme y había que esperar a solucionar muchos papeles.

Eso ya me lo había contado Samid, mi querido Samid, el que tanto me había ayudado en el viaje, el que tantos ánimos me había dado para llegar a la costa y que al final se había separado de mí para siempre.

No tenía absolutamente a nadie en aquel lugar, sé que era la costa de Cádiz, pero entonces no sabía el nombre exacto del pueblo a dónde nos habían llevado, porque la verdad es que no recordaba absolutamente nada de cuando la Policía nos había rescatado del agua. Solo sabía lo que me habían contado las enfermeras, que estaba a punto de ahogarme cuando me encontraron, pero que les costó separarme de un pedazo

de madera al que estaba agarrada y que no pudieron quitármela hasta que llegué al hospital.

Muchas veces les pregunté por los otros que habían encontrado conmigo, pero nadie sabía nada, y lo entiendo, porque, además, para los españoles, los negros somos todos iguales, pero no creas que me extraña, porque a nosotros nos pasa igual, os vemos tan blancos por todos los lados y con el pelo tan liso, que al principio nos cuesta un poco diferenciaros, aunque en este tiempo he aprendido que por dentro somos todos del mismo color.

Pasé tres días sin salir de aquella escuela, sin ganas de comer ni de hacer nada que no fuese acordarme de mis padres, de la abuela Mahar, de Tingale y de todo lo que había dejado en Sierra Leona y que no sabía cuándo podría recuperar, pero al ver que me encontraba mejor, me dijeron que tenía que ayudar, que allí había mucho trabajo y los que estábamos bien teníamos que ayudar a los que estaban heridos o no podían moverse, y la verdad es cuando se dieron cuenta de la cantidad de cosas que sabía hacer, me llamaban por todos los sitios, porque podía ayudar a hacer una cura, a poner una venda o a preparar tortas con harina para la comida.

Al final resultó muy útil todo lo que me habían enseñado mis amigos españoles, aquellos que siempre estarán en mi corazón porque jamás les podré olvidar.

Sueño muchas veces con el agua, no he podido nunca quitarme el miedo que me produce, pero ya he conseguido meterme en una bañera sin saber nadar, que te parecerá una tontería, pero al principio no lo conseguía.

También soñé con los bebés que iban en la patera y de los que no volví a saber nada, eran imágenes que no podía apartar de mi mente. Una noche soñé que el patrón se había hecho anciano en el mar y seguía allí, lamentándose por la pérdida de su vieja barca, sin pensar en lo que nos había ocurrido a todos los demás. Y soñé con Samid, con que lo encontraba, con que volvía a tener a un amigo a mi lado, a un amigo de verdad, que te anima cuando ve que te sientes triste y que tira de ti cuando te niegas a seguir caminando. Aunque presumiese de ser mucho más valiente que yo, era mi amigo y muchas veces soñaba con él, pero siempre el mismo sueño, un sueño en el que Samid y su hermano estaban bien. Lo veía todo tan claro, tan real que al despertar me parecía imposible que no fuese cierto. Era el mismo Samid del viaje, llamándome miedosa y llorona, pero estaba bien y yo lo recibía con los brazos abiertos.

Creo que la mente no quiere sufrir y se protege ella sola para no pasarlo mal ni en sueños, porque ni una sola vez soñé que a alguno de mis compañeros de viaje les hubiera ocurrido algo malo.

Otra de las cosas que me pidieron que hiciera para ayudar, era enseñar a leer a los niños durante el tiempo que tuvieran que pasar esperando en el centro, y enseñarles algo de español para que se defendieran cuando nos sacasen de allí.

El primer día que subí a una sala para empezar con las clases de lectura, me dijeron que habían pensado comenzar con algunos de los chicos y chicas más mayores porque pronto tendrían que abandonar el centro.

Abrí la puerta y los miré, pero te aseguro que no los vi, no vi nada, no vi a nadie, solo escuché:

— ¡Kamía! ¡No puedo creerlo! ¡Kamía!

Y me abracé a él como nunca me había abrazado a nadie, y de la misma manera me abrazaba él a mí, tan fuerte que pensé que me rompería todos los huesos de mi cuerpo.

— ¡Pequeña miedosa! ¿En serio eres tú?

¡Era Samid, mi querido Samid!, mi amigo de un viaje para toda la vida, y estaba a mi lado, tal y como lo había visto en sueños, de tal forma que me pareció estar viviendo un momento ya vivido. Toyuka y él fueron rescatados por la Policía igual que yo, pero los llevaron a otro centro y por eso no nos habíamos encontrado. La suerte fue que unos días después los trasladaron al sitio en el que yo estaba y gracias a eso pudimos estar juntos de nuevo.

No se lo dije a nadie, ni siquiera a Samid, pero entonces confirmé lo que ya había supuesto, que por mucho que mi padre dijese que las visiones de la abuela Mahar eran fruto de su imaginación, había heredado aquella facultad, porque había visto lo que iba a ocurrir y no me había equivocado.

— ¡La pequeña Kamía! —repetía Samid sin dejar de mirarme— ¡No sabes cuánto me alegro de encontrarte! Me he acordado tanto de ti...

Y sentí que las mejillas me ardían de calor, pero no le dije que yo también lo había recordado hasta en sueños, que le había buscado aquellos días y que también me alegraba muchísimo de haberlo encontrado. No se lo dije con la boca, pero creo que se lo dije con los ojos, porque los ojos sin hablar pueden decir muchas cosas. Creo que él lo entendió porque me dio un enorme beso en la cara y todos los que estaban allí se empezaron a reír.

Ya llevo un año en tu país, y siento decirte que aquí la vida no es como en las películas que salían en las televisiones de Freetown.

Aquí también hay problemas, hambre, enfermedades y falta de muchas cosas, sobre todo para los que venimos de fuera, porque yo sé que se nos mira de un modo diferente, siempre seremos inmigrantes, de otro color, de otro país, de otro mundo, del tercero, ya sabes...

Sigo en el centro de acogida porque mis papeles no se terminan de arreglar ya que mis padres no me han reclamado, ellos deben pensar que llegué a la tierra de la felicidad y que no pueden sacarme de aquí.

Continúo ayudando a la gente que llega a España desorientada, sobre todo a los niños, que son los que peor lo pasan. Creo que en el centro están contentos conmigo porque sé hacer muchas cosas, y no me da miedo ver sangre ni heridas, en eso soy yo mucho más valiente que Samid.

A él ya le falta poco para salir porque pronto cumplirá los dieciocho años, pero la vida no va a ser fácil porque tendrá que buscarse un trabajo y no es frecuente que alguien le dé trabajo a un inmigrante sin pretender abusar de él haciendo que trabaje como los demás cobrando mucho menos.

Pero no quiere irse de España hasta que Toyuka y yo tengamos los papeles arreglados y nos podamos ir

los tres de regreso a Sierra Leona, porque por más tiempo que pase, te confieso que esa idea no se ha borrado nunca de nuestras mentes.

Tenía razón mi abuela cuando me decía que lo más importante es la tierra de cada uno, porque esa siempre va a estar ahí por muchas generaciones que pasen.

Sí, queremos volver con los nuestros, porque aquí la vida tampoco nos favorece, y porque allí al menos no nos señalarán por la calle ni seremos extranjeros.

Puedo contarte muchas más cosas de lo que ha sido este último año en España, puedo darte detalles de lo que he sentido, de la gente que he conocido, buena y mala, como en todos los sitios. Me gustaría que supieses las cosas nuevas que me han pasado y todo lo que he ido aprendiendo y enseñando: ¡unos cuantos chicos ya han salido del centro sabiendo leer español gracias a mis clases! Quisiera contarte todo, pero es que no tengo más tiempo.

Nos volveremos a ver en otra ocasión. Como decís aquí «me ha molado» contarte todo esto, porque a veces lo único que necesitamos es alguien que nos escuche, pero mientras tanto, quiero que cada vez que veas un inmigrante, que en tu clase haya un niño extranjero o tengas un compañero negro como yo, te acuerdes un poco de mí, de «la niña Kamía», de todas

las historias que te he contado, de la abuela Mahar, de Tingale, de Samid, de Toyuka... Porque ¿sabes? Detrás de cada uno de nosotros hay una vida, una historia, unos sueños, como detrás de cada persona venga de donde venga.

Así que ya sabes, te acuerdas de Kamía y piensas que hay solo un mundo que tenemos que compartir, y nada más.

Nos vemos.

¡Ah! Solo una cosa más: ¡Ya sé nadaaaaaar! ¡Lo flipas! ¿eh?

¿Has visto cómo domino el español? ¡Soy un hacha!

¡Qué fuerte! ¡Qué pasada! ¡Qué movida!

No se me resiste ninguna palabra, bueno, sí, pero pocas. Ya te contaré.

—FIN—

Otras obras de la autora

Memorias de Tristán Saldaña (2004)

Marioneta (2006)

Al Norte del Norte (2007)

Mujer tenías que ser (2007)

Muna (2007)

Cantando los Cuarenta (2008)

La Princesa que Quería Escribir (2012)

Tengo un Dragón en la Tripa (2013)

In Crescendo (2015)

La Revolución de las Perdices (2015)

Buenos Días, Señora Walker (2017)

El Refugio de los Versos (2019)

La Culpa (2020)

Hija de Nadie (2021)

Adiós, Noviembre (2021)

Un Verano en el Garaje (2021)

www.beatrizberrocal.es

